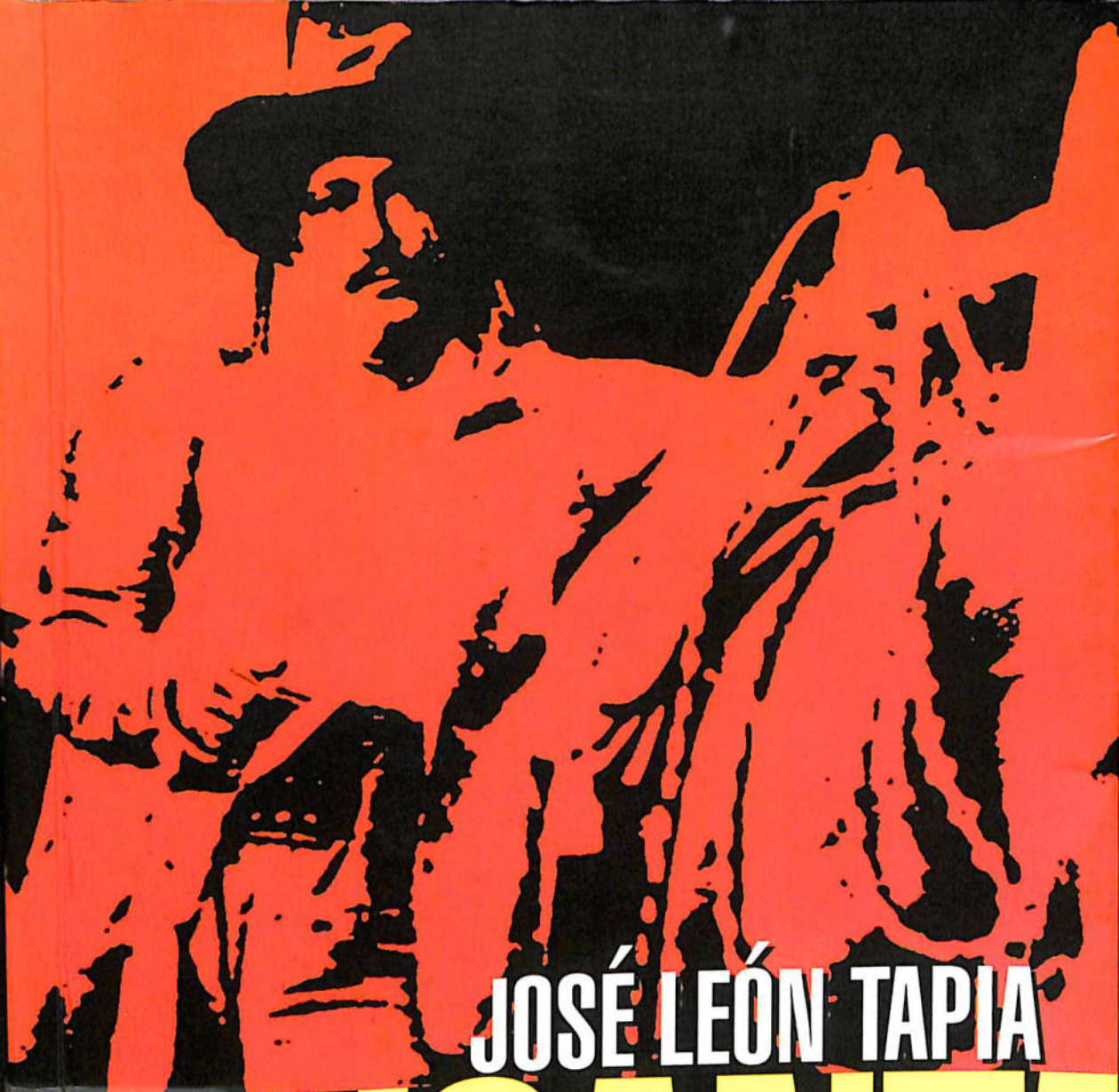




JOSÉ LEÓN TAPIA

3.44
2ma
4

MAISANTA

ALFADIL

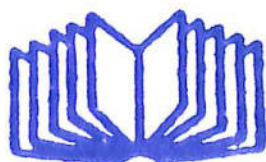
EL ÚLTIMO HOMBRE A CABALLO

V863.44
T172 ma
2004
e.2

JOSÉ LEÓN TAPIA
MAISANTA
EL ÚLTIMO HOMBRE A CABALLO



ALFADIL



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCION
BIBLIOGRAFICA GENERAL

ÍNDICE

Advertencia	11
Introducción	13
I. ¡Viva el Mocho Hernández!	17
II. Ese muerto es Joaquín Crespo	20
III. ¿Cómo es eso de Revolución?	28
IV. Hombre de a caballo	34
V. ¡Paren esa música!	39
VI. Miel en taparas	41
VII. Solamente revolucionario	48
VIII. Una calma inquietante	63
IX. La lumbre de los machetes	67
X. Velorio con muerto ajeno	72
XI. Los matadores de garzas	76
XII. Argucias del prisionero	80
XIII. ¡Patria y Revolución!	84
XIV. Emilio Arévalo Cedeño	89
XV. El sabor rojo de la guerra	92
XVI. Sentencia de muerte para Funes	95
XVII. Brujerías con piapoco	105
XVIII. El tuerto Vargas	108

XIX. Una plaza sembrada de bucares	110
XX. Sólo veintidós hombres silenciosos	117
XXI. La mordida de la culebra	120
XXII. Caribe pecho colorado	126
XXIII. Cárcel de noche negra	128
«Maisanta» (corrido de Caballería), Andrés Eloy Blanco	133
Glosario	141

ADVERTENCIA

Los personajes principales, las fechas y los hechos históricos narrados en este libro, son rigurosamente ciertos. Todo ello ha sido confirmado por el autor en los pocos documentos que se pueden conseguir al respecto.

Algunos personajes menores, como el Colmenares de Sabaneta que murió en El Viento, según otro narrador, por ejemplo, no murió allí sino en Elorza la noche del «asalto de los cochinos»; y el que mató Maisanta en El Viento, se llamaba Ramón González.

Igualmente, en los sucesos de Sabaneta hay algunas contradicciones en los nombres, pues la otra versión es que el Jefe Civil era el coronel Secundino Torres y Colmenares llegó enviado por Pérez Soto a buscar el prisionero, y el hombre que descubrió el asesinato en los canales del río se llamaba Cándido Tapia y no Cándido Díaz.

Son variaciones en detalles pero no en el hecho en sí, como sucede casi siempre con la tradición popular.

Igualmente nos pasó con el Macías de Ospino, nombre que no pudimos confirmar en otras versiones.

Lo mismo podrá pasar con algún otro suceso que en nada alterará el cariz novelesco, el mito y la fantasía popular en la vida de Maisanta, el último hombre a caballo.

Por lo anteriormente expuesto cualquier ligera variación en nombres y detalles tendrá que ser perdonada por muchos de los propios personajes que nos informaron, pues, manteniéndose la rigurosidad, puede que existan pequeñas divergencias, lo cual no altera en nada el encanto y la exaltación de ese personaje extraordinario que fue Pedro Pérez Delgado.

INTRODUCCIÓN

Se nos ha ocurrido conversar con la gente y recoger leyendas, anécdotas o relatos de testigos presenciales o referenciales de las cosas que han pasado en la tierra barinesa.

Nos vamos a veces por los caminos de Barinas a conversar con la vieja gente y allí hemos encontrado un filón de tradición popular.

Como les gusta contar historias que bullen en su mente; y que si no se recogen ahora se perderán irremisiblemente, se irán con la existencia misma de quien las cuenta.

Así lo hicimos una vez, cuando recopilamos versiones populares acerca del general Zamora. Y así lo hemos hecho ahora con «Maisanta».

Son muchos los hombres que conocieron a «Maisanta» y aún viven ya ancianos en los cuatro puntos cardinales de Barinas y Apure.

Es interesante observar la alegría en sus caras cuando les alborotamos los recuerdos. Y cabe preguntarnos qué se habrá hecho todo ese caudal de información que han podido darnos generaciones de venezolanos, acerca de múltiples sucesos de la patria, cuya relación fría está escrita. Pero la parte pintoresca con el sello personal de quienes lo vieron, se fue con ellos a la tumba.

Con el general Ezequiel Zamora fue más difícil la tarea de rescate por lo lejano de su paso y la rigurosidad histórica del personaje tan decisivo en la historia de la patria.

Con «Maisanta» nos ha sido más fácil porque se trata de una figura legendaria que recorre la sabana en la boca de la gente. Y cada narrador tiene su versión, su novela personal de las andanzas de «Maisanta», de su historia y de su mito.

Con él hay muchos que se identifican y viven el personaje con todos los altibajos de su vida.

«Maisanta» fue algo así como un último caudillo popular que levantaba multitudes para una revolución, cuyo sentido él mismo no pudo precisar con claridad.

Pero «Maisanta» poseía carisma y simpatía suficientes para que, sin ser un jefe de mando y con éxito entre los otros jefes de la revolución antigomecista, lograra calar profundamente en el alma simple de la gente, hasta el punto de que se le recuerda mucho más que a todos los otros autores de aquellos sucesos.

«Maisanta» fue una pura ilusión con quien la gente se identificaba. Si hubiera vivido en otra época, habría sido un formidable conductor de masas, como lo fueron José Tomás Boves, José Antonio Páez y Ezequiel Zamora.

Desafortunadamente a «Maisanta» le tocó vivir los tiempos en que Juan Vicente Gómez consolidaba un ejército moderno, con dinero y apoyo del capital nacional y foráneo, en un país que comenzaba a ser petrolero y apetecible para la penetración del mundo imperialista.

Por eso «Maisanta» fue una frustración que sólo dejó una figura simpática y alegre a quien todo el mundo recuerda con la nostalgia de sus hazañas y con un dejo de pena por lo que hubo en él de frustración.

«Maisanta» tuvo la mala suerte de haber vivido una época en que comenzaban a desaparecer las revoluciones sin contenido alguno para darle paso a las puramente ideológicas, de las cuales sólo se tenían ideas vagas, que afloraban ocasionalmente en sus actos, como se verá en este relato.

Como todos los demás lucharon contra Gómez sólo para ponerse ellos en su puesto, sin ofrecer ninguna otra cosa salvo una libertad esotérica, «Maisanta» quedó solo después de tanta guerra, sin conocer el por qué de ella.

Por eso creemos que «Maisanta» sigue perenne en la canta y el viento de las sabanas y los otros se van perdiendo en el olvido.

A estas conclusiones llegamos después de haberle visto la cara a muchos de sus compañeros de campañas, no historiados todavía.

Tal sentimiento nos fue comunicado por hombres como Juan Rodríguez, el hijo de don Juan de Jesús, dueño del hato «Las Margaritas» y cuartel general de los revolucionarios; Hilarión Larrarte Lapalma, hermano del capitán Cincinato, a quien mataron en Periquera y los dos compañeros de «Maisanta». Tan de confianza era Hilarión que dormía en el suelo debajo de la hamaca de su jefe para aprovecharse del mosquitero.

Por eso fue que una noche de fuerte tormenta lo escuchó comunicarse con los espíritus, pidiéndoles suerte para su guerra y la libertad de Venezuela. Fue así como en un silencio de muerte, entre el rayo y el trueno, escuchó el susurro de «Maisanta» hablando de seres invisibles.

También el viejo Fidel Betancourt, quien aún deambula por los pueblos con seis tomos de apuntes históricos en sus manos, sin que nadie le haga caso, partícipe de todo el proceso revolucionario antigomecista, nos contó muchas cosas acerca de «Maisanta» y sus andanzas.

El viejito Jesús Salas, un campesino muy sabido a quien llaman «el bachiller del monte», en una tarde de Sabaneta, recordó hasta el color del caballo y la pinta de los perros de «Maisanta».

Y así siguen las relaciones de Carlos Herrera, Manuel Guevara y Antonio Salazar en Nutrias y también del negro Caballero, el corneta de «Maisanta», quien murió una noche en una sala de nuestro hospital, en Barinas.

Igual ocurrió con Luciano Montero, el anciano con quien conversamos una vez y que, cuando regresamos a retomar el hilo del relato, ya se había muerto, dejándonos trunca la historia.

Fueron muchas, en realidad, las personas con quienes hablamos y que no vamos a seguir mencionando, pero no queremos terminar sin resaltar el testimonio escrito que dejó el general Alfredo Franco y que por bondad de sus hijos hemos logrado consultar.

La más importante de todas estas cosas es que en este libro se encontrará la vida de «Maisanta» llena de hechos a veces inverosímiles y que nos costaba creer a nosotros mismos al oír los narradores confundiendo a veces la realidad con la fantasía.

El lenguaje empleado es el del pueblo y en gran parte lo transcribimos exactamente igual a la grabación, porque hemos querido escribir algo que realmente rescate la tradición popular y que constituya lectura para la gente sencilla que es la mayoría de este país.

Si llega a caer este relato en los círculos intelectuales cultivados, a lo mejor les resultará extraño que un cirujano como yo se esté ocupando de estas cosas, pero me ha llevado a ello el hecho de ver cómo cada día se escribe, se canta, se hace música, se pinta, buscando siempre fuentes de inspiración ajenas a nosotros, a pesar de que hay en este país inmensas posibilidades que surgen con sólo hurgar un poco en el alma de nuestro pueblo.

Pedro Pérez Delgado, «Maisanta» para todos los llaneros, fue el último hombre a caballo salido de los de abajo y quien alimentó la esperanza de hacer una revolución en los estertores de la Venezuela pastoril y campesina.

I. ¡VIVA EL MOCHO HERNÁNDEZ!

Esa tarde iba por la calle larga y ancha de Tinaquillo, el muchacho de Ospino: catorce años, catire, ojos guarapos y avisgado, con la chanza a flor de labios.

Se había venido desde Valencia buscando algo que hacer, huyendo de algo que nadie sabía, y sólo había conseguido ser mandadero del pueblo.

—Véndeme estas tabletas Pedro Pérez— y salía Pedro Pérez por las calles gritando a todo pulmón: tabletas, tabletas de coro y panela. O eran empanadas y dulces de majarete.

Pero esa tarde había movimiento en el pueblo. Caballos amarrados en las ventanas y coches estacionados en la plaza. Habían traído gente, gente de Valencia y de Caracas, gente de San Carlos que con los pies levantaban polvaredas cuando se apresuraban a llegar a la casa blanca y larga en la esquina de la iglesia donde una vez Matías Salazar asaltó a León Colina partiéndole la cara de un machetazo, según había oído el cuento de un viejo soldado federal que conversaba en una pulpería.

Se dejó ir calle abajo con la bandeja en el hombro hasta llegar a la ventana, una de las muchas que tenía la sala grande con piso de tabla pulido, que hacían rechinar los ocupantes cada vez que se levantaban de las largas hileras de sillas con asientos de esterilla, recostadas a la pared.

Entraban y salían hombres y el muchacho miraba por la ventana.

Al final de la sala, detrás de una mesa larga con tapete de terciopelo rojo con flecos blancos en los bordes, discurría un hombre alto, delgado, blanco, pálido, de barbas negras, voz de tiple y que gesticulaba con sus manos largas de dedos finos, pero faltándole el pulgar de la derecha.

«Éstas serán unas elecciones libres, todos los electores irán a la plaza, allí estarán las urnas, la fuerza pública custodiará, nunca intervendrá. Ese es el ofrecimiento del general Crespo y allí en esas mismas urnas ustedes y toda su gente, la gente que puedan reclutar, en las calles, en los campos, donde sea, depositarán el voto en mi favor para que por primera vez Venezuela tenga un presidente democrático» —gritaba el hombre de la voz fina.

«Venceremos porque es hora de incorporarnos a la vida civilizada. Ésta es la oportunidad del pueblo y no la desaprovecharemos».

«Ni oligarquía liberal, ni oligarquía conservadora, nos toca ahora a nosotros los de la clase media y al pueblo que siempre ha sido el sufrido».

«¡Viva el Mocho Hernández!» —gritó uno en el salón y todos los parados a un tiempo hacían retumbar el entablado de donde salí, a por entre los intersticios de los cuartos, un fino polvillo blanco que se mezclaba con el humo de los tabacos y hacía más oscuro el ambiente donde ya la tarde caía en los débiles rayos de un sol amarillo y pálido.

Crespo, el Mocho Hernández, ahora sí recordaba. Crespo era el Presidente y el otro el candidato en campaña, pero recordaba mejor al primero cuando lo vio dando una carga a machete montado en un caballo bayo durante la toma de Valencia.

Virgen del Socorro, esa tarde sí tuve miedo; gracias que pude regresar temprano para contar la historia a los muchachos amigos.

A este otro —pensaba—, primera vez que lo veo, pero habla bonito el hombre, sobre todo de la democracia y de que la juventud es la esperanza de la patria —y seguía pegado a los balaústres tragándose el pensamiento.

—¡Un cigarro, general! —le ofrecieron cuando terminó de hablar el Mocho.

—Sí, cómo no; pero Partagás, por favor.

Se registraron todos y ninguno tenía de la marca pedida.

Se volteó el hombre más cercano y vio al muchacho en la ventana: —Corre, corre hijo, a la pulpería de Silva y tráete una caja grande de tabaco Partagás.

Y el muchacho, agarrando el fuerte de plata que le entregaban, salió corriendo calle arriba bamboleando la bandeja.

En la esquina de la Botica Nueva estaba el boticario Alfredo Franco, sentado en una silla de suela, con el espaldar echado hacia atrás inclinado en la pared, y cuando vio al muchacho tan apurado le preguntó sorprendido:

—¿Qué te pasa Pedro Pérez, por qué tanta carrera?

—Voy a comprarle tabaco Partagás al general Hernández, el que está en la reunión de los Nacionalistas, don Alfredo.

—¡Llévale esta caja! —y sacó una del bolsillo de la blusa blanca que usaba el joven alto, delgado, de tez blanca y bigote negro y fino que era Alfredo Franco.

Regresó Pedro Pérez con el Partagás en la mano y como una tromba se metió en la sala gritando para que todos oyeran:

—No hubo necesidad de comprarla, esta caja se la regala don Alfredo Franco, mi general.

Esa noche pasaron dos cosas en ese pueblo: Pedro Pérez Delgado conoció al Mocho Hernández y el Mocho Hernández fue a visitar a Alfredo Franco para agradecerle el tabaco. Pero cuando salió de la botica ya Alfredo Franco estaba comprometido con él para la Revolución Nacionalista de 1898.

II. ESE MUERTO ES JOAQUÍN CRESPO

Mucho después llegaron las elecciones.

La plaza de Tinaquillo fue un torbellino de gente buscando las urnas.

Campesinos de todas partes entraban por las cuatro esquinas y comenzaban a pedir las boletas. Pero los jefes civiles de los pueblos les repartían sólo la de Ignacio Andrade, el candidato de Crespo, y las del Mocho Hernández no aparecían por ninguna parte.

Un negrito carabobeño trató de protestar en alta voz y le cayó una peinilla de plano en la espalda dejándole un rojo y largo camino al rezumar la sangre que le empapaba la camisa.

—Coge tu Mocho —le dijo el soldado cuando levantaba el machete. Mientras, Pedro Pérez aprovechaba para vocear las empapadas.

—A cobre, a cobre —y le volaban de la bandeja.

Ese día Ignacio Andrade salió Presidente de Venezuela y a los pocos días venía el muchacho atravesando la calle cuando Alfredo Franco, en un caballo jovero, le gritó con alegría:

—Catire, tú eres un hombre, vente conmigo para la guerra.

«Se alzó José Manuel Hernández dando el grito de Queipa.

«En el hato El Peonío de Loreto Lima se está reuniendo la tropa».

Sin contestarle siquiera, se montó en el anca del caballo de uno de los acompañantes tirando la bandeja de las empanadas en plena Calle Real.

Esa noche en el campamento le dijo Alfredo Franco entre la chanza y la verdad:

—Catire, te viniste en el anca de un caballo, mira que así se fue Joaquín Crespo de San Francisco de Cara en el caballo de Arístides Borrego cuando la Guerra Federal y fíjate dónde llegó: a Presidente de la República.

Se le alegraron al catire sus ojos guarapos y si alguien lo hubiera notado se los confunde con los cocuyos que ponían puntos fluorescentes en los mogotes cercanos, iluminando la canción de los grillos y el zumbir de los zancudos.

Era un campamento sin fogata, para no alertar al enemigo en la playa del río Macapo.

Nunca se le olvidó la comparación y cada vez que comenzaba a entrarle el miedo de lo que podría pasar, recordaba al hombre de barba negra que había visto pelear en Valencia, montado en el caballo bayo.

—Virgen del Socorro de Valencia, acompáñame en este trance —se encomendó como le había enseñado su madre, devota fiel de la imagen.

—Mai Santa no me abandones que ya me vine a la guerra y en ella algo consigo, porque la guerra es para eso —y se agarraba el escapo que tenía cosido en el pecho por dentro de la franela.

Antes de dormirse esa noche en la hamaca de rayas rojas colgada entre dos palmeras, se quedó mirando la luna, una luna enorme que cubría de amarillo la noche haciendo relumbrar el pelo de los caballos amarrados con sogas largas para que comieran hasta saciarse en los gamelotales del río.

Y la luna le trajo el recuerdo porque fue una noche igual cuando él salió de su casa.

Tenía escasos doce años el día que todo Ospino supo que el coronel Pedro Macías le embarrigonó la hermana mayor, la única que tenía.

Era catira como él y por eso llamaba tanto la atención. Catira con los ojos color guarapo, por el lado de los Delgado. Empinada y cimbreña, por el lado de los Pérez, mestizos.

Ya su padre había muerto y él era el único hombre de la casa; por eso no pudo negarse cuando su madre lo llamó llorando y le contó lo que todos sabían y ella era la última en enterarse.

Esa noche como a las 12 venía el hombre por la calle. Los caserones de espino le tapaban con la sombra y en el momento que salió desde el manto negro para entrar en el claro de la bocacalle amarilla por una luna menguante, le hizo el tiro a media cuadra, justo a punto de mira, con el fusil de su padre que la madre le pasó a través de la ventana entreabierta y de la sombra de la casa en la noche sin faroles.

Cayó el hombre de bruces al impacto del disparo. Y así vengó la afrenta Pedro Pérez Delgado, cuando todavía no era hombre, teniendo que serlo antes de tiempo, pues de qué otra forma le cobraban ellos, tan pobres, al coronel Pedro Macías con todo y su gran poder.

Esa misma madrugada salió huyendo para Valencia por el camino de La Aparición a esconderse donde una tía, mientras apretaba el escapulario en la pechera de la franela.

Así fue como llegó a Valencia y se hizo amigo de la Virgen del Socorro por recomendación de su madre que le había prendido el escapulario en la pechera de la franela.

Y así fue como vio por primera vez al hombre del caballo bayo y el lunar en la cara, con barba boca de león que se llamaba Joaquín Crespo, cargando por el puente Morillo en un terrible ataque a machete, codo a codo con El Albino, su edecán guariqueño, durante la Revolución Legalista.

Pensando en el episodio, entre la vigilia y el sueño, se fue quedando dormido cuando tocaron silencio con música triste de corneta en el campamento nacionalista. Era su primera noche de soldado revolucionario.

Temprano, por la madrugada, sonaron alegres las dianas y entre humos de café colado se fue levantando la tropa.

Cuando pasaron revista a la gente de infantería, el capitán Alfredo Franco comenzó a organizar los reclutas.

«Reclutas, formen filas». «Reclutas, un paso al frente». «Reclutas, armas a discreción».

A las 10 de la mañana, Pedro Pérez Delgado ya era teniente por nombramiento.

Como le dijo el mismo Franco, tenía lo más importante para ser jefe: era alto, con voz de mando, avisado y decidido para la acción, además de que se adornaba con saber leer y escribir.

Que tuviera sólo dieciséis años, no importaba. Primero, no los representaba, pues aparentaba veinte. Y segundo, ya estaba probado, pues Alfredo Franco sí sabía que había matado un hombre.

—¡Pelotón, adelante! —siguiendo la caballería del viejo Loreto Lima que abría la marcha abierta en dos alas, para proteger a los de a pie.

Agarró el sable curvo, se terció la carabina en banderola y puso su pelotón en marcha, luego de tres horas de instrucción.

Más adelante iba la mosca, campo volante de seis hombres escogidos, recorriendo cerros, calles y casas, para lograr información.

Esa noche durmieron en El Peonío, el hato de Loreto Lima.

La caballada en los potreros suelteada para agarrarla más fácil por la mañana.

La infantería en los patios blancos con el fusil de cabecera. Y los jefes en la casa del hato, deliberando hasta tarde, entre café, ternera asada y uno que otro palo de ron viejo.

A la luz de la lámpara de sebo, se divisaba desde el patio claro

de luna nueva, la figura ascética delgada, mesiánica, del general José Manuel Hernández, siempre al lado de la recia, rechoncha y mestiza, del último lancero federal: el general Loreto Lima.

—Debe ser bueno llegar a jefe grande para andar siempre a caballo y dormir a cubierto, codeándose con el propio general —pensaba Pérez Delgado, mientras acomodaba su gente para que le amaneciera descansada.

Al otro día y todos los días siguientes, continuaron la marcha incesante, con el sol reverberante en el llano pelado, con cada vez menos cerros y árboles y cada vez más sabana abierta a sol y viento, de los llanos de Cojedes, ya entrando en Portuguesa.

El día 16 de abril de 1898, cuando ya calentaba el sol a eso de las 11 de la mañana, regresó un «campo volante» a toda carrera, con el caballo casi despeado por el sudor que lo bañaba y la barba da del freno cubierta de espuma blanca.

—Al pasar la ceja de monte en las orillas de aquel caño, se ve movimiento de tropa, mi general —gritó estirándose en los estribos.

—Son las avanzadas del gobierno contestó Samuel Acosta, el jefe de los fusileros del Mocho Hernández.

Tenían fusiles de repetición de los Winchesters americanos que, accionados por debajo halando una palanca de aro, disparaban catorce tiros seguidos, cosa nunca vista en el llano.

—Acomoda los hombres en la mata, pero en el copo de los árboles —le ordenó José Manuel Hernández al general Samuel Acosta.

—Usted vaya con ellos, teniente Pérez Delgado, pues su gente desde ahora debe proteger a la de Acosta desde la mata de adelante. Así creerán los del gobierno que es su pelotón el que dispara, mientras desde las palmeras de la Carmelera los fusila la Compañía del general Acosta —le dijo el capitán Franco con el bigote más fino de tanto manoteárselo nerviosamente.

Se acomodó la tropa nacionalista para esperar al enemigo.

Pérez Delgado desde su escondite mampuesteado con un ma-

tapalo, tenía enmogatado su pelotón de infantería y veía la caballería esconderse en el barranco de El Caño pasando la ceja de monte.

A tres cuadras de distancia todo un ejército de línea empezaba a puntear la sabana parda, con los bultos azules de sus uniformes de paño.

Después de acercarse en filas simétricas comenzó el tiroteo. No había Pérez Delgado disparado diez tiros cuando vio que se aproximaba un grupo enemigo y, siempre adelante de los demás, un hombre alto, grueso, moreno, con barba boca de león.

Se bajó de una mula negra para montar otro caballo, un caballo alazano enorme, que le pasaba un catire tan blanco que se confundía con el blanco jipijapa que usaba Joaquín Crespo.

Entonces fue cuando vino a saber el teniente Pérez Delgado contra quién andaba peleando.

—Ah carajo, si es el mismo que vi en Valencia, es el propio general Crespo el del cuento de Alfredo Franco.

Y en la identificación con el personaje a quien una vez había admirado, comenzó a dudar si dispararle o no, mientras el hombre hacía volar la manta blanca como dos grandes mariposas cogiendo vuelo, al montar su enorme caballo peruano.

No lo había caracoleado dos veces en el fragor de los tiros, cuando una de las balas que venía de las copas de los árboles del Carmelero, le dio de pleno en el pecho.

Lo vio todo tan cerca Pedro Pérez Delgado que no lo olvidaría nunca, como jamás olvidaría, que ya la infantería crespista lo estaba rodeando envolvente y tenían que retirarse si no querían caer prisioneros.

Se fueron yendo en desorden, cubiertos por la caballería de Loreto Lima, cabalgando a la defensiva con sus carabinas ligeras.

Cuando se acercaban a Acarigua oyó conversando a los generales de que a las primeras de cambio habían matado a un jefe grande, pero no sabían quién era.

—Era el general Crespo —les dijo Pérez Delgado.

Se voltearon todos incrédulos hacia el catire altanero.

—¿Cómo carajo lo sabes? —le preguntó el general Acosta.

—Porque yo lo conocí en Valencia cuando cargaba por la calle acompañado del Albino, el mismo que ahora lo recogió, mi general.

Se quedaron silenciosos y atónitos los jefes y se retiró callado el teniente.

—Mai Santa, que son bastantes las leguas que hay por delante —pensaba meditabundo, mientras le daba con los talones a un caballito rucio mosqueado que agarró aperado y corriendo solo porque le habían matado al jinete.

Unos días después fueron derrotados en El Hacha donde el general Ramón Guerra, el hombre que sustituyó a Crespo en el mando del ejército del gobierno, hizo prisionero al Mocho Hernández.

—Se acabó esta guerra, Pedro Pérez —le dijo Alfredo Franco cuando salían por una pica buscando para Cojedes, escondiéndose entre los mogotes al sentir las partidas enemigas.

En El Tinaco cada uno cogió por su lado, Franco hacia Tinaquillo y Pérez Delgado para Valencia buscando la salvación.

A los tres días de estar escondido en el cuarto de la esquina, vio venir una tropa entrando por Camoruco y por la rendija de la ventana que daba para la calle, reconoció la figura pálida y barbuda del general José Manuel Hernández, amarrado con nudo de preso con los brazos a la espalda, montado en un mulo viejo entre dos filas de oficiales.

Pero lo que más le llamó la atención fue que parecía más bien el jefe, porque las mujeres de Valencia le vitoreaban desde las puertas y balcones de las casas.

Las cocineras sacaban su retrato como si fuera el de un santo y hasta flores le tiraban cuando el grupo se acercaba.

Ese día Pedro Pérez Delgado supo lo que era la popularidad y el carisma de un caudillo, que preso y amarrado, vencido y humillado, se llevaba los aplausos para rabia de sus captores.

De Valencia, Pérez Delgado se fugó esa noche rumbeando para el llano como ayudante de un tren de carretas de bueyes que venían para Sabaneta de Barinas, con carga para Natalio Menoni.

Siguió por la vía de Guanare, vadeando los anchos ríos y, atravesando el Boconó por el Paso Baronero, se aposentó en Sabaneta, a orillas de ese río bravo.

III. ¿CÓMO ES ESO DE REVOLUCIÓN?

—A la pizarra muchachos —y señalaba el negro cuadro, polvoriento de tiza, con su bastón de mora negra lustroso por el manejo. Pero más lustroso era el mango semicircular imitando una cabeza de caballo labrada en plata pura.

—¡Y tú, estáte quieto! —le decía a otro, dándole en la cabeza con el extremo fino y nudoso pero también reluciente del bastón.

Era una voz fina y gutural que entonaba sus clases intercalando chistes y también sus palmetazos cuando alguno se le alebrestaba.

Dictaba todos los grados en la escuela de Sabaneta, del primero al cuarto, y aunque no estaba en el programa, seguía enseñando después a los zagaletos que terminaban y se consumían de fastidio en las esquinas del pueblo.

A eso lo llamaba enseñanza superior y no le faltaban diez o quince muchachos nuevos, a las siete de la noche, escuchando sus clases.

Una tardecita trajo al catire Pérez Delgado y lo presentó al grupo.

—Este resabiao se me presentó hoy porque quiere asistir a clase. Veremos qué se logra si de verdad tiene interés —dijo como explicación.

Así comenzó Pérez Delgado a estudiar, después de saber lo que era la guerra y el plomo caliente silbando cerca.

Pero después se fastidió del horario y llegaba siempre más tarde para prolongar sus tertulias hasta altas horas de la noche, pues en el día trabajaba como dependiente en el negocio de musiú Menoni, un italiano rico comerciante en mercancía seca.

—Bachiller Elías, ¿cómo es eso de la revolución? —le preguntó un día cuando oyó al maestro repetir el término y el bachiller Elías Cordero, quien casi tenía su edad de escasos veinte años, comenzaba a alborotarle el alma.

—Esa vaina es muy fácil, chico; en este país el pendejo no va a misa porque llega pidiendo la bendición al cura. Fíjate en el vainón de la Independencia. Todo el negraje que peleó con Boves contra el mantuanaje, todo por ir contra sus amos sin importarles un carajo el rey. Después se fue con el Catire Páez que venía de los de abajo, catire de color pero tan pendejo como los otros. Peón de llano, para no decirte más.

«Pero la vaina se puso buena cuando terminó la Independencia y entonces el general Páez no quiso cumplir el decreto del reparto de bienes de los realistas dictado por Bolívar para ganarse la gente. ¿Y sabes por qué? ¡Carajo, chico! porque los realistas, que se pasaron la guerra en Puerto Rico y en España y regresaron el año 25, se cogieron el poder civil, ese de los jueces, gobernadores, concejales, congresantes y toda esa vaina, que hace las leyes y obliga a cumplirlas y, ¡qué carajo iban a hacer cumplir lo que era para quitarles lo suyo!

«Por eso es que tú ves a Páez peleando y venciendo en Payara a los hermanos Farfán, ese par de indios que fueron sus oficiales, y después derrotado él mismo por Cornelio Muñoz, quien fue jefe de su Guardia de Honor por muchos años, cuando llegó a pelearlo en Los Araguatos de Apure con todo el patiquinaje caraqueño.

«La vieja Pilar, la cocinera del hato San Pablo Paeño, sí no se equivocó cuando, el día antes del encuentro, le llevó a la hamaca una taza de café al general Páez que se mecía inquieto dándole con el talón a la pared, y le dijo: “¿Qué vaina es esa José Antonio, tú

vas a pelear a mi compadre Cornelio con esos patiquines que no cagan sino en hoyo y sólo comen con cubiertos? ¿Qué vaina es esa, José Antonio, qué le pasó a tu gente?" Ahí está todo, Catire, eso es lo que pasa, los godos dominan a los caudillos populares y los compran con sus mañas para que sirvan de instrumento.

«¿No ves lo que le pasó a Zamora en la Guerra Federal? Catire como Boves y catire como Páez. ¡Carajo y catire como tú!, lo enviaron en San Carlos con un tiro de cachito, para que Guzmán y el godaje se cogieran la revolución.

«Siempre pasa así, recuerda cómo rodearon a Crespo y ellos siguieron mandando. Fueron los mismos que, reaccionaron contra Bolívar expulsándolo de Venezuela porque ya les estorbaba para cogerse el coroto.

«Querían la Independencia, eso es cierto, pero que aquí no pasara nada, que se acabara el rey, pero siguiendo ellos arriba y se mataran los pendejos para ellos salirse con la suya».

—Carajo bachiller, con esa explicación sí veo claras las cosas —comentaba Pérez Delgado, después que terminaba el maestro con sus arengas revolucionarias y se le obscurecían los ojos de tanto interés con que le miraba.

Por eso no se quedó en Sabaneta en 1901, cuando supo que había una nueva guerra.

Los viejos caudillos federales se reunían en todas partes para atacar a Cipriano Castro que había derrocado a Ignacio Andrade y quería seguir mandando solo sin plegarse a sus deseos.

Pero como a él lo metieron a nacionalista antes de saber qué era eso, siguió siendo nacionalista y en seis jornadas estuvo en Cojedes bajo las órdenes de Loreto Lima, el viejo oficial Mochero, el general de las cinco eles, como decían en Cojedes:

Luis Loreto Lima «Lanza Libre»

En Caracas está lloviendo

**En Valencia lloviznando
y en la Mata Carmelera
Luis Loreto vacunando.**

Y hubo dos cosas que le impresionaron esa vez: los guantes y el paraguas de seda verde que usaba el general Matos en medio del sol tremendo; y la muerte en La Pascua del general Domingo Monagas.

—Como Matos serían los mantuanos de que me hablaba el bachiller Cordero —le comentó a su ayudante, un zambo que se había ido con él. —Y como el general Monagas, los héroes de la Independencia que salieron de las tropas de Boves, como también dice el bachi.

¡Carajo, así debían de ser!, se decía, mientras la caballería de Loreto Lima se estaba acercando al Tinaco.

Ya iba Pérez Delgado con el grado de Capitán y comandaba un escuadrón de caballería, de esa caballería con la cual este «último lancero», como lo llamaba el general Hernández, se empeñaba en atacar el pueblo de Tinaco como si fueran los tiempos de Páez.

Empezaron rodeando la ciudad por los cuatro puntos cardinales y por cada viento fueron entrando los quinientos jinetes de lanza y carabina. (La carabina para de lejos y la lanza para de cerca, les había dicho el general Lima).

Estaban los batallones del general Gómez, defendiendo las calles de Tinaco, armados con fusiles de repetición que comenzaron a ladrar temprano tumbándoles la gente a una cuadra de distancia.

—Pero el viejo del carajo se empeñaba en que había que meterles los caballos —contaba después Maisanta, como ya le decía la gente.

—Sólo muy poquitos llegamos al cuadro de la plaza, pues con los tiros a repetición no nos dejaron acercar y cayó casi todo el es-

cuadrón, tan casi todo fue, que hasta al viejo Loreto Lima le partieron el pecho de un tiro y así siguió avanzando hasta que le mataron el caballo.

—Caballo y hombre cayeron en una trinchera profunda en la esquina de la plaza ¿y sabes lo que me dijo el viejo, cuando me le acerqué a auxiliarlo?: «Déjese de pendejadas, capitán, que ya esta batalla se perdió, que aprovechen el hoyo de una vez y me entierren con el ruano».

—Por eso dijo con razón el general Hernández que era el último lancero, porque «lanza contra fusil de repetición no va» —terminaba con cierto dejo de tristeza seis meses después, en la plaza de Sabaneta hablando con el bachiller Elías Cordero en una tarde de tertulia.

—Además, lancero y caballo es una sola cosa y lo mejor es que los entierren juntos.

—Bueno Bachi, aquí estoy de nuevo con estas morocoticas que me traje y no me pregunte de dónde —decía al tiempo que se tocaba la faja ancha, con bordados arabescos multicolores y repleta de morocotas, que le apretaban la cintura.

Ya tenía veinte años y era todo un capitán con ascenso en la pelea, pero mal visto por el gobierno que se afincaba en el mando luego del triunfo sobre la Revolución Libertadora.

—Hasta aquí me llegó el nacionalismo, bachi. Esa vaina de jefe que no gana, no es conmigo y menos jefe mandando de lejos, como lo hace el Mocho Hernández.

«El capitán Pérez Delgado va a trabajar, bachi; a ver si compone su vida y este salvoconducto de garantías lo favorece, para no tener que andar huyendo.

«¡Mai Santa!, que hasta ahora no he ganado una batalla y el único recuerdo que traje es este machetazo en la cara. Me lo dio un negro barloventeño cuando en La Victoria le caí a una trinchera a tiro limpio con la izquierda y a lanza limpia con la derecha. ¡Mai

Santa!, de vaina no me mató, bachi Cordero, duré un mes para curarme —y se acariciaba con la mano en la mejilla izquierda, el costurón largo y rojo que le dejó el filo del machete, riéndose festivo como si fuera un arañazo de mujer celosa.

IV. HOMBRE DE A CABALLO

En Sabaneta fue deshilvanando los años. Con el tiempo se llevó en el anca de su caballo a una morena arrosquetada, la más bonita del pueblo, y comenzó a vivir con ella.

Tenía vivienda en el caserío y también una fundación en las sabanas de La Marqueseña donde están las ruinas del palacio campestre del antiguo marqués de Boconó.

En ellas vivía el viejo Severo Infante, padre de la muchacha, que cuando vio las condiciones y lo llanero que era el yerno, dejó las cosas como estaban y vivieron todos en paz.

Con las tejas de la antigua capilla techó Pérez Delgado su casa en un banco de sabana.

—Éste era el hato San Fernando —le contó un día Severo Infante—, y esa paila de cobre volteada boca abajo no la ha podido levantar nadie, ni el ejército de Ezequiel Zamora cuando pasó por aquí. Le amarraron tres yuntas de bueyes que ni la movieron siquiera y ¿sabes por qué? —continuaba con misterio—, porque está tapando la boca del túnel que se comunica con el otro palacio de Barinas.

«Por ahí se venía el marqués si la ciudad estaba sitiada, porque cuando era tiempo de paz, lo hacía en la mula negra embrujada comiéndose el camino real. Trochaba tan rápido ese animal, que el

señor prendía un tabaco en Barinas y antes que se le acabara la candela ya estaba llegando al hato».

—Déjate de vainas, viejo, ni que tuviera alas para recorrer cinco leguas en tan poco tiempo. Y eso del túnel, a otro perro con ese hueso. Esas son historias de la gente para matar la soledad. ¿Cómo crees que iba a perforar un túnel de cinco leguas debajo de ríos y montes?, eso es mentira, don Severo.

Pero le quedó la curiosidad a Maisanta y se pasó medio día desenterrando el pailón donde hacía melaza y panela el marqués de Boconó.

A los dos años ya era hombre acomodado. Casa grande en el pueblo y ganado en la sabana. En las noches sin luna se iba con la peonada.

—A desnudarse —les decía al llegar a la cimarronera, y veinte hombres, desnudos para pasar inadvertidos, se montaban en veinte bueyes negros agarrados de la reata con el lazo listo en la mano.

Contra el viento se iba el buey metiéndose en la madrina y cuando estaba en el medio, veinte lazos silbaban en la oscuridad profunda cayendo en veinte reses lebrunas, sardas o pelicanas que era la pinta del ganado alzado.

En el día sabaneaban en parejas con los perros gigantes que le habían regalado en Valencia y al salir el cimarrón, allá iban los perros colgados del hocico y las sogas del enlazador coronándole la cornamenta.

Acabó así con la cimarronera, pues era un llanero de adelante y toro que salía de la madrina toro con la soga en la carama.

Una vez enlazó uno y dejó el caballo parado mientras se bajaba manta en mano, a cogerlo por la cola para tumbarlo de un todo.

No había puesto el pie dos veces en el fondo del lagunazo cuando el ¡tras! de soga reventada le hizo mirar al novillo que se venía encima arremetiéndole contra el caballo indefenso.

Le sacó la manta de rayas rojas y lo descargó dos veces antes de que el animal cogiera el monte.

—Buen lance, Pérez Delgado —le gritó el viejo Infante.

—¡Mai Santa!, don Severo, si lo torié sólo por el ruido, para salvar a Banderita.

El negro guacharaco que se barajustaba con la silla y el cabo de sogas a rastra. Nadie como él para vadear un río nadando con una mano y con la otra en la rienda del caballo o para colear un toro en la tarde de fiesta.

El portero del coso ese día era un zambo guariqueño tan bueno de agua y caballo que se sentía su rival.

Estaba Pérez Delgado pintamoneándole a una muchacha que lo miraba desde arriba y quería tumbarle un toro justo debajo del palco, cerrado con guasduas blancas.

Al voltear para el coso, vio salir un toro sardo, pero cuando le montó el caballo encima, sólo encontró un tuco de rabo, porque el zambo hijo e' puta se lo había cortado casi a la raíz para hacerlo quedar en ridículo.

Agarró el tocón de cola que quedaba y empujó a Banderita con los talones. Cuando ya estaba cerca de donde quería halarlo, a la manera apureña, se tiró del caballo desbocado y a pie, con las dos manos, tumbó el toro en el sitio.

Al salir de la polvareda le gritó al zambo mala sangre:

—¡Te envainaste, Pancho Espinoza, porque te equivocaste de hombre!

Cada vez que iba al pueblo de Sabaneta lo acompañaban sus enormes perros, un perro barcino, un perro pintado, perros orejas largas con cinco uñas en las patas, los mejores perros del llano.

Visitaba siempre al bachiller Cordero y en la puerta de su casa se sentaban en sillas de baqueta a conversar en las tardes, mientras el caballo negro coludo, patas blancas, esperaba amarrado en el corozo de la plaza y los perros dormitaban echados en el pasto.

Tenían largas conversaciones. Casi siempre sobre guerras, triunfos, frustraciones y de los caudillos de Venezuela, las cuales le alborotaban el alma y no le dejaban perder la idea de la insurgencia que era brasa ardiente en su cerebro, esperando la chispa que de nuevo levantara la candela.

Si iba hasta los otros pueblos, aprovechaba para la parranda. El brandy era su trago y siempre se le subía a la cabeza haciéndole más locuaz y dicharachero.

El coronel Gavidia, jefe civil de Libertad, estaba a la puerta de la Prefectura cuando vio, a tres cuadradas de distancia, un hombre en un caballo negro con el sombrero a la pedrada entrando por la puerta del botiquín.

—¡Albarrán! —le gritó el Jefe de la Policía— andá con dos agentes y ve quién es el faramallero que se está metiendo a caballo en el botiquín de Ramitos.

Cuando Albarrán llegó a la puerta de Ramitos, encontró a Pérez Delgado echándose un palo desde el caballo enfrente del mostrador.

—Mi capitán —le dijo Albarrán, de parte de mi coronel Gavidia que salga y no se alborote.

—¡Mai Santa!, anda y dile que me saque él mismo.

—Mi coronel, es el capitán Pérez Delgado y le manda a decir que vaya usted a sacarlo.

—¡Ah carajo!, decile que era jugando —contestó Gavidia resignado. Y seguía Maisanta en la parranda con el pueblo todo suyo.

Un sábado en Barinas la gracia le costó tres mil bolívares, pues el caballo se resbaló en el piso lustroso del salón y las patas delanteras cayeron como dos martillos en la primera y única mesa de billar del llano, destrozándole el paño verde y el fondo de pizarra.

—Si vuelve Pérez Delgado me lo desarman —dijo el general Febres Cordero, presidente gomecista del Estado. Y la orden era inevitable.

Venía un día por la calle de la iglesia cuando de pronto le salió la policía. Diez hombres lo rodearon pidiéndole registro.

Barajustó el caballo por el altozano y entró por la nave principal saliendo por la puerta lateral.

—Díganle a Febres Cordero que yo no cargo armas, pues para eso soy su amigo— dijo en la otra calle, mientras detenía el caballo, permitiendo que lo registraran.

Al otro día por la mañana mandó al negro Pedro García, su espaldero de confianza:

—Entra en la iglesia, tranquilo como si fueras a pagar una promesa y de los fustanes de la Purísima, sacas el revólver que guardé ayer.

—¡Este Pérez Delgado tiene más puntas que un cabresto de cerdas! —gritaba entre risas el bachiller Elías Cordero cuando le escuchaba los cuentos al regreso de sus «truenos» en los pueblos distantes.

V. ¡PAREN ESA MÚSICA!

Isilio Febres Cordero, de los Febres Cordero de la Independencia, los mismos que se fueron a Mérida cuando pasó Ezequiel Zamora en la Guerra Federal, había sido furriel del general León de Febres Cordero en la batalla de Coplé.

Vivía en Barinas y reaccionó contra Castro durante la guerra libertadora. Por eso cuando Juan Vicente Gómez se cogió la Presidencia, a Febres Cordero lo llamaron de Caracas en el término de la distancia.

Le quitó prestado un caballo gordo a su amigo Diego Ramírez y esa misma tarde se fue para regresar dos meses después como Presidente del Estado Zamora.

Lo recibieron vestidos de negro todos los notables del pueblo, alineados como zamuros en el puente de la entrada.

Después comenzó a mandar con sus métodos patriarcales. Su carácter de hombre serio y sus rasgos de bondad lo hicieron un Presidente indispensable. Pasaron los años y seguía inamovible en su cargo.

—La mesa siempre puesta, María Luisa —le decía a su esposa—, para que quien llegue vaya comiendo. —Y en la enorme casa blanca, la gran mesa larga estaba dispuesta a diario entre los afa-
nes del servicio.

Esa noche había baile de gala en el día del Pilar y danzaban las Parejas con la música de viento de la Banda Municipal.

Se animaba el baile cadencioso en la enorme sala amarilla, por la luz de las lámparas de carburo colgadas en el techo, cuando de golpe se oyó parar la música por orden de Benjamín Tapia.

Había salido a bailar Clemencia Acosta con su esposo legítimo, pero legítimo en lo civil porque fue el primer divorciado de Barinas y el segundo matrimonio no pudo hacerlo por la iglesia.

Pálido, demudado, salió el esposo del salón llevándola del brazo entre un silencio de muerte.

—¿Qué pasó compadre? —preguntó el general.

—Tú lo sabes, Isilio. No has debido invitarlos, todos estábamos de acuerdo —contestó don Benjamín.

—Recuerda que yo soy el Presidente y han cambiado los tiempos —le dijo con autoridad, tratando de darle una satisfacción a los esposos ofendidos que no se pararon a escucharlo.

Siguió la fiesta un poco fría al principio, más alegre después y olvidado todo a medianoche, entre copas de champán y música de vals, en ese día de la patrona del Pilar.

El gobierno era la familia de los mismos asistentes al baile y las cosas se quedaron tranquilas con el consenso del silencio.

Tiempo después José Isilio, el sobrino del Presidente, parrandero, colector, liberal y amigo, invitó a Pedro Pérez para una fiesta en Barinas y muy alegre Maisanta le contó al bachiller Elías Cordeiro el honor de la invitación.

Y el Bachi, a quien no se le iba una, le aconsejó con certeza:

—No vayas, catire, no vayas que te desairan. Verás cómo no levantas pareja.

—Carajo, ya lo había pensado y será mejor dejarlo así —le contestó con rabia apretada en lo profundo del pecho.

VI. MIEL EN TAPARAS

Se acercaba el año 14 cuando las cosas comenzaron a ponerse feas.

En el pueblo de Sabaneta vivía un hombre que hablaba mucho y se llamaba Mauriello. Era rubio y pronunciaba un español muy claro aunque con acento italiano, y su conversación era culta y agradable.

Como a Pérez Delgado le gustaba reunirse con gente que contara cosas nuevas, se había hecho amigo del italiano, quien traía de Europa las ideas modernas.

Mauriello fue su amigo casi inseparable. Pero los gestos desenfadados del italiano y la franqueza de las expresiones, le fueron poniendo mal con el jefe civil gomecista, quien sospechaba de todo aquel que no era como él, bruto y analfabeto.

Era un coronel pelo parado llamado José Antonio Colmenares, que administraba la justicia y también la renta del pueblo para mantener sus gallos finos.

Un domingo en la gallera, tuvo una discusión con Mauriello cuando un gallo marañón del italiano le ganó a un malatovo de Colmenares.

Terminó la pelea, pero el coronel no quiso pagar el valor de lo apostado.

—Eso no se hace, Colmena. La palabra en los gallos es sagrada y los compromisos se cumplen —le reprochó el musiú, con decencia en el lenguaje.

—Eso es verdad, compadre Mauriello, pero es mejor que nos vamos —le dijo Pérez Delgado contempORIZANDO y sacándolo por un brazo, porque vio al coronel Colmenares en plan de busca pleitos.

El coronel Colmenares quedó solo en el medio del redondel, cuando todos los galleros se retiraron silenciosos, con sus gallos en las busacas reprobando lo sucedido.

—Se envainó el Mauriello y también se envainará el otro —le dijo a Quiñones, el jefe de la policía.

—Tenga cuidado, mi coronel, que con Pérez Delgado es peligroso; ese hombre está probado y es muy difícil de ganársela. Además, ya salió para su fundo y allá tiene gente que lo respalda. Con el otro, cuando usted quiera mi coronel.

—¡Pues lo quiero ahora mismo, carajo!

No había llegado Mauriello a la puerta de su casa esa tarde, cuando ya Quiñones lo traía preso en rueda de policías.

Lo llevaron a la jefatura y lo amarraron al instante con un rejo largo y seco.

A las cinco de la tarde salió el coronel Colmenares en un caballo con una sogá arrebiada y detrás, amarrado en la punta, musiú Mauriello, a pie, apurando el paso para mantener el de la bestia.

Más atrás todavía iban dos hombres negros, gordos, gigantes, que lo arreaban a golpe de chaparro, si demoraba la marcha que ya comenzaba a cansarlo.

En la orilla del Boconó por el Paso Baronero estaba pescando cuchamas el viejo Cándido Díaz, cuando los vio pasar en la canoa.

Se escondió Díaz detrás de un árbol hasta que se perdieron en la ribera opuesta, pero como oyó a lo lejos unos gritos que sonaban como lamentos desesperados, esperó casi tres horas hasta que se atrevió a pasar el río y revisar los cañaverales, donde encontró la tie-

rra fresca de una tumba recién cavada y las cañas bravas, aún con sangre, del hombre que habían matado a puro filo de machete.

A los tres días regresó Colmenares diciendo que había entregado el preso a la cárcel de Guanare y aunque nadie lo creyó, ninguno se atrevió tampoco a comprobar lo que había contado Cándido Díaz en susurros maliciosos.

Pérez Delgado en La Marqueseña con rabia y tristeza supo la noticia y desde ese día no volvió más a Sabaneta, pero nunca perdió la idea de vengar a su amigo.

En las noches oscuras se deslizaba silencioso hasta el solar de la casa donde su hermana Petra Pérez, que entonces se había mudado de Ospino, salía en la madrugada para informarle de las cosas.

Por ella supo que el sábado temprano saldría el coronel Colmenares a jugar una pelea de gallos en el camino de Mijagual y que lo acompañarían los negros que no lo abandonaban nunca y él llamaba los toñecos, para burla de los pobladores.

Armó a Ramón Moreno, su criado y caporal de sabana, y los dos se fueron a caballo por el rumbo de la gallera.

Cuando el día declinaba pasadas ya las cinco, se encontraron a un hombre alto y flaco, con un burro cargado de taparas, que apareció en un recodo del camino.

—¿Compañero, qué lleva ahí? —preguntó Pérez Delgado.

—Miel para la venta, señor.

—¿Ha pasado por la gallera, compañero?

—Sí, allí vendí dos taparas.

—¿Y por casualidad no vio allá al coronel Colmenares?

—Cómo no, señor. El jefe civil se quedó en la casa de posada, donde Felicia Guédez, usted sabe, la vieja goda que usa gorro colorado creyendo que son sus tiempos. Está haciéndole un sancocho de gallina, a él y a los dos espalderos que le acompañan.

—Carajo, compañero, usted sí sabe vainas y eso me ha dado una idea —exclamó Maisanta.

—Te quedas aquí amarrado en este mijao, mientras me sirvo de tu burro para llegarles de sorpresa —continuó diciéndole al arriero asustado, al tiempo que le ponía la punta del machete carama de plata, haciéndole cosquillas en la garganta.

—Te quitas la ropa, porque ellos te vieron y me das el burro. Las dos cosas a mí me sirven.

Lo dejaron atado al palo con doble vuelta de mecate de cerda y a las siete de la noche, cuando todavía estaba claro, llegó Maisanta a casa de Felicia Guédez disfrazado de vendedor de miel.

—Me devolví, doña Felicia, porque ya es tarde para entrarle a la montaña —dijo con voz gruesa.

Cuando le contestó «pase adelante» la vieja Felicia Guédez, ya Maisanta estaba en la sala con la peinilla en una mano y el revólver en la otra, mientras por la puerta de la cocina se metía Ramón Moreno y, sin siquiera darles tiempo a que se pararan de la mesa, al coronel y sus toñecos, allí mismo los dejaron tumbados a tiros de revólver y tajos de peinilla.

—Gracias, compañerito, por prestarme la indumentaria —le dijo Pérez Delgado al arriero como despedida, antes de perderse en la noche de la selva de Mijagual, sin imaginarse que José Antonio Colmenares no moriría esa vez gracias a los cuidados de la vieja Felicia Guédez.

Cuando regresó en la madrugada al hato, ya venía decidido a abandonarlo todo, dejando a Claudina Infante con dos muchachitos pequeños, cara larga y nariz recta, con los ojos color guarapo, para reconocerlos siempre como los hijos de Maisanta.

Se fue por el rumbo de Nutrias, buscando al general Juan José Briceño, su viejo amigo de la Libertadora, quien en ese tiempo comandaba una guarnición del Apure.

Lo protegió este jefe como solían hacerlo en esos tiempos, hasta que se olvidó el asunto y nadie pudo probar quién había atacado al coronel Colmenares y sus toñecos de Sabaneta.

Así, llevado por las circunstancias, al cabo de unos meses consiguió Maisanta el ingreso a la guarnición del Apure como oficial de reserva en misiones de confianza para hombres como él, capaces de lo que fuera.

Su amistad con Briceño era muy vieja y estable, pues en Barinas lo reforzó una vez Maisanta, con tropa de caballería, cuando llegó sorpresivamente durante el ataque del Gato Barroeta. El día en que el negro Sabino Palacios, mampuesteado y a dos cuerdas, bajó de un tiro a un hombre de azul que resultó ser el general Tomás Garbí, uno de los jefes invasores que tenían cercado a Briceño.

El general andino no olvidó este gesto nunca y su influencia sobre Maisanta fue siempre muy grande y decisiva, pues era el único hombre a quien respetaba el «Americano», como también le decía la gente por lo alto, catire y buen mozo.

—Lo respeto porque es buen amigo y hombre de verdad. Guapo es el «guate» y yo le debo favores que no tenía por qué concederme —dijo una vez como explicación.

Continuó bajo su mando hasta que Luciano Mendible mató a Juan José Briceño en el cuartel de Calabozo y desde ese día Pérez Delgado quedó libre para seguir su propia fe.

Sin embargo, como había pasado el tiempo y ya tenía relaciones en el ejército, siguió en el Apure sirviendo en un cuerpo especial con el grado de capitán y hasta vistió el uniforme que realzaba su figura gallarda.

Pero la revolución contra Gómez otra vez tomaba cuerpo y el general Alfredo Franco, su viejo amigo de Cojedes, se alzó el año 14 recibiendo órdenes del Partido Nacionalista y, valiéndose de recados secretos, logró de Maisanta la promesa de que si atacaba a San Fernando, trataría de sublevar su batallón.

Atacó Franco la primera vez y Pérez Delgado no consiguió apoyo para cumplir lo ofrecido.

En la segunda oportunidad tenía Franco ochocientos hombres en las afueras de la capital, cuando un oficial explorador llegó con la noticia a gritos y sin bajarse del caballo, de que el general León Jurado traía quinientos hombres de refuerzo y estaba entrando a San Fernando por el paso de Puerto Miranda, para apoyar al doctor Núñez, quien era Presidente del Estado. Tuvieron entonces que batirse afuera con la tropa en retirada, pero León Jurado les persiguió con sus quinientos hombres buscando hacia el Arauca.

Días y días detrás de los revolucionarios, adelante por la llanura, cabresteando a León Jurado.

Hasta que se acomodaron en el Yopito muy cerca de la frontera.

Era el Yopito un hato construido sobre un banco de sabana. Enfrente tenía una laguna de fondo llano que llegaba al pecho de un hombre y se llamaba de «Los Pollinos». Un solo camino de trilla, la atravesaba por el medio en el filo de un terraplén de tierra pisada.

En el hato, el terraplén y en los corrales de palo a pique de mora centenaria, estaban los revolucionarios.

En la casa Alfredo Franco, y en los corrales Marcial Azuaje, a quien llamaban «Cuello de Pana» porque en la Revolución Legalista le machetearon el pescuezo que desde entonces se cubría con un cuello alto de pana verde para taparse la cicatriz.

Entre el terraplén y los patios estaban también Ildelfonso del Moral, Fermín Toro, Kuno Plessman y muchos más que completaban ochocientos hombres.

Resistieron por cinco horas los ataques de Jurado, con su gente igual que patos reales atravesando la laguna con sólo la cabeza afuera y el máuser entre las manos suspendido sobre la superficie del agua mientras hacían pie firme para acelerar el ataque.

Les mataron mucha gente, pero alcanzaron el terraplén a pesar de que el caído se moría ahogado en el fangal, o comido por los caribes atraídos por el olor de sangre fresca.

Hasta León Jurado fue herido y sacado en una canoa, pero la tropa siguió avanzando y, cuando cinco horas habían pasado, se retiró Alfredo Franco no sin antes haber recibido un tiro en una pierna que le voló la chocoza.

Cada ejército con su correspondiente jefe acostado en una hamaca por las heridas recibidas, siguió por la sabana ilímite atacándose sin cesar.

Se pararon los revolucionarios apoyados en el barranco del caño El Congrio, donde las cargas de caballería del general Rodolfo Piña y el coronel Roque Puerta, lograron detener al gobierno justo el tiempo necesario para permitir que los derrotados atravesaran la frontera.

Cuando los revolucionarios entraban a El Viento, el general Jurado, herido, ocupaba el pueblecito vecino de Elorza y hasta El Viento mandó su médico para que curara al general Franco, en otro de sus gestos de coriano bravo y caballero.

VII. SOLAMENTE REVOLUCIONARIO

Mientras esto estaba pasando, salió el vapor «Masparro» de San Fernando de Apure y en él iba Pedro Pérez Delgado con las ganas retozándole de ayudar a su compañero. Y cuando el barco pitó dos veces en la vuelta de La Catira, donde desemboca el Portuguesa en el río Apure, ya iba alzado para unirse a la Revolución.

—Aunque esta revolución del carajo no logra unificarla nadie, pues todos los jefes quieren mandar y a ninguno reconocen por completo —le decía al Mocho Payara, que se había embarcado con él y era su hombre de confianza.

—Esa es la vaina, mi capitán, mientras el gobierno cumple una sola orden, nosotros no nos ponemos de acuerdo. Por un lado Franco, que es nacionalista, y por otro, «Cuello de Pana» con sus liberales amarillos y así cada quien sin lograr un entendimiento.

—¿Y usted qué vaina es, mi capitán?

—Yo no soy nada de eso, Mocho Payara, yo sólo soy revolucionario para que tumbemos al tirano y comencemos a mandar los de abajo. Esos son los que yo quiero que me sigan.

—Ah, carajo, Pedro Pérez, tú con tus vainas otra vez —le replicó Payara un tanto mohíno y en confianza.

Sublevó a la tripulación del barco en un playón del río, hizo prisioneros a los que no quisieron estar de acuerdo con él y los dejó abandonados para no tener que fusilarlos.

Desde ese día comenzó a pararse en los pueblos ribereños y a conversar con la gente arengándola con fervor.

—Con la falta que me hace el bachiller Elías para que me escriba una proclama —decía con nostalgia—, pues aquí en este país todo el que se alza lo primero que hace es escribir la suya, pero qué carajo, a falta de proclama le hablo a la gente. ¡Mai Santa, que son bastantes!

En el medio del río, aguas arriba, el barco negro como una tonina iba remontando el Apure y por las playas la gente de a caballo siguiéndolo de cerca, como si los atrajera el peligro y la muerte que seguro los esperaba.

El plan era recoger hombres en cada parte y con las armas del barco formar un batallón para asaltar a San Fernando. Y con el parque del cuartel, completar un poderoso contingente para atacar a León Jurado que deambulaba por los esteros detrás de Alfredo Franco.

Por donde pasaba el vaporcito desde la boca del Arauca, la gente lo seguía y en las playas soleadas, entrenaba Pérez Delgado los reclutas bisoños todos los días por la mañana.

Hasta la gente del profeta Enoc se vino a formar en sus filas, pues el profeta Enoc con su túnica blanca que no se le ensuciaba nunca, recorría el llano dejando solos los hatos, ofreciéndoles la redención a los hombres y Pérez Delgado les ofrecía la libertad y también el botín en el camino del triunfo.

—¡Mai Santa y tiene gente el viejito! —se dijo Pérez Delgado cuando lo encontró acampado en un claro de sabana junto con aquel gentío que oía sus predicciones.

Ese día consiguió cien hombres, casi todos conocidos y de confianza, mientras el profeta con el resto seguía con sus sandalias de cuero crudo y su barba cana y rojiza al viento, rumbeando para Zamora por los mil caminos del llano.

Cuando el barquito se acercaba a San Fernando, venían en éldoscientos hombres y por las veredas del monte quinientos más de a caballo para atacar la ciudad.

Atracó el «Masparro» y se quedó quieto en el desembarcadero con las calderas prendidas y su chorro de humo negro pintando el cielo azul de San Fernando, mientras bajaba la infantería dispersándose por las calles donde ya los de a caballo comenzaban a penetrar desde las sabanas cercanas.

Cinco cargas dieron ese día sin poder pasar el primer piso del palacio Fonsequero, pues allí el coronel Silvestre Castellano y sus tigres de Jobalito se defendían acorralados con la furia y el valor de los que así se encuentran. Cargaban al machete, metían la caballería en filas compactas reventando las hileras de bayonetas, pero no lograron tomar ni el cuartel de Casa de Zinc, defendido por el comandante Bonifacio Blanco, ni el palacio Fonsequero a pesar de que el propio Maisanta le llegó al portón de madera vieja reventándolo con sus hachazos.

Por la tarde tuvieron que retirarse dejando gran parte de la gente muerta y Maisanta le dijo al Mocho Payara:

—Esta vez tampoco pudimos y te puedo jurar que jamás podremos pelear mejor, pero la guerra es la guerra y Gómez tiene lo suyo: armas, dinero y mano libre para quienes le sirven con lealtad, por eso lo defienden tanto.

Cuando comenzaron a retirarse e iban a una cuadra de distancia, recordó Pérez Delgado que en el cuartel de San Fernando tenía oficiales comprometidos para entregarle el parque a la revolución. Y de improviso se volteó gritándole a los que lo acompañaban:

—¡Mai Santa, nos traicionaron los hijos de puta! Nos aseguraron que desde adentro empezarán el alzamiento y nunca ha resistido mejor una tropa avisada, pues esos carajos sabían que yo atacaría hoy. Traición con traición se paga, Mocho Payara—, y barajustó el caballo que le había quitado a un soldado en el fragor del

combate, llamando al bobo del pueblo, un muchacho mongólico que se llamaba Ramón Santana y le dijo con furor:

—Tú conoces al coronel Silvestre Castellano. Vete allá y entrégale esto de parte mía.

Mientras Pérez Delgado le retiraba, el bobo le entregó el papel al coronel Castellano y cuál no sería su sorpresa cuando se encontró con la lista de los oficiales comprometidos, quienes no tardaron mucho tiempo en estar camino de La Rotunda.

Con las sirenas entristecidas, pitando de tanto en tanto, se retiró el vapor «Masparro» cuando caía el atardecer.

Ya el telégrafo funcionaba y por el alambre se fue la noticia, alertando a Isilio Febres Cordero de que para Barinas iba la gente de la revolución, y no tardaron en estar listas en los barrancones de Puerto Nutrias las tropas del Estado Zamora que defendían a Juan Vicente Gómez.

En el mediodía sofocante se anunció al vapor «Masparro» en el pueblo de Santa Catalina y en el paso del río se entrevistó Pérez Delgado con el coronel Alejandro Ojeda y su tropa de caballería. Caballos negros, caballos blancos, caballos ruanos, rucios, rucio azules y zainos guacharacos.

—Se saluda, coronel.

—Desde hoy a sus órdenes, general.

Y general lo siguieron llamando después de aquel reconocimiento, pues Alejandro Ojeda era el jefe liberal más antiguo que por el llano quedaba, y así sería el prestigio de Maisanta cuando lo reconocía por jefe un coronel que venía de la Revolución Federal.

Brindaron y comieron ternera bajo la sombra de un guamal y en la noche siguió el vapor remontando las aguas fangosas.

Al mismo tiempo salió la caballería de Ojeda. Adelante la vanguardia y a la cabeza de ella, muy bizarro, el capitán Víctor Peña, a quien llamaban «Camarucho».

Trescientos jinetes de lanza, machete y carabina, recortando la sabana para salir pasillaneando a los barrancones de «El Picacho», a la entrada de Puerto Nutrias, donde estaban acampados seiscientos soldados del gobierno con el hablar cantado de los hombres de la serranía de Calderas donde les fue más fácil hacer la recluta.

Los comandaba el general Carlos Jordán Falcón y el general Jesús Antonio Ramírez. Los dos habían estado en la pelea de La Victoria, luchando contra los andinos y del liberalismo se habían pasado a Juan Vicente Gómez, quien ya dominaba la patria con su ejército organizado y el dinero petrolero.

—Hasta aquí llegaron las banderas —dijo una vez el general Jordán Falcón—. Porque al ejército de línea con parque, plata, comida y máuseres de repetición, no se le puede pelear con chopos y mucho menos con lanzas. Tendremos a Gómez por muchos años.

Por Ojeda supo Pérez Delgado que no se tenían noticias del general Alfredo Franco y que, con su propio fracaso de San Fernando, poco podría lograr en Puerto Nutrias. Pero su fantasía era tan grande que seguía con optimismo, porque cuando el hombre se sabe caudillo se siente como en la gloria y sólo ve los triunfos dentro de la bruma que le cierra el pensamiento.

—¡Mai Santa, pa'lante que son bastantes!—. Y se veía comandando grandes multitudes.

¡Como en los tiempos de Ezequiel Zamora!, sin darse cuenta cabalmente que estaba entrando en la época moderna donde se terminaba la Venezuela pastoril para entrar en la millonaria, neocolonial y dependiente.

El coronel Ojeda salió adelante y como por tierra y a caballo se anda más rápido que por agua en un vaporcito cabeceador, apareció primero en las sabanas de El Vigía, reventando en El Picacho cuando clareaba la mañana.

En ese mismo momento Maisanta Pérez Delgado, con el vapor a toda máquina y pitando como un toro bravo, salió en la cur-

va lejana de agua azul con ribetes verdes donde el Apure se estrecha para formar la resaca que se mete en El Picacho, atracadero de los barcos.

La infantería la había desembarcado en la boca del caño Caímán para que entrara por detrás y los agarrara desprevenidos, en una carga a machete comandada por el Mocho Payara, quien con una mano se bastaba para manejar la peinilla mejor que todo el mundo.

Cuando Maisanta vio desde el barco que ya entraba el Mocho, mandó a suspender los fuegos para no herir a su propia gente y con la sirena del barco le dio la señal a Alejandro Ojeda para que metiera los caballos.

Por los callejones del monte iban desembocando los jinetes a los gritos de «Camarucho»:

—¡Pa'lante muchachos y a la lanza!

Saltaban los barrancones y se metían en las galerías de los anchos corredores de las casas del puerto, donde se protegían los soldados del gobierno, quienes ya tenían días allí, en la barranca pedrada, cuando apareció el vapor, vaporcito de agua dulce de cuando los ríos tenían caudal.

El barco estaba forrado con cueros secos de res, cuyos extremos colgaban sobre la cubierta. Venía el balazo de máuser y se batían al impulso dejando las balas frías sin efectividad precisa. Más atrás, dentro del barco, estaba la gente del «Americano» de lado y lado del casco, tiro va y tiro viene a cada playa del río.

Pasó dos veces con sus chapaletas chorreantes bajando y subiendo la corriente. Desaparecía por ratos en la curva y continuaba pasando y pasando, tiro va y tiro viene y los andinitos asustados, pues nunca habían visto una casa flotando que piraba como un toro y botaba humo por la chimenea y plomo por las ventanas.

Justamente en el momento en que el humo enmantaba el remanso fue cuando cayeron los macheteros. Eran veinte, treinta,

cuarenta, quién sabe cuántos. Machetazo por delante, machetazo por los lados, brillando lustrosos cada vez que caían tajantes.

Comenzó a correr la gente dejando el máuser atrás y fue cuando los del vapor empezaron a disparar de nuevo y a desembarcar presurosos haciéndole descarga tras descarga a los que huían despavoridos.

Los que tuvieron más valor y se quedaron a resistir, cayeron bajo el filo de los machetes de la gente del Mocho Payara y las cargas a lanza de Alejandro Ojeda; uniéndoseles en ese momento el propio Maisanta Pérez Delgado, quien a la cabeza de su propia guardia pisaba tierra por el desembarcadero.

A muchos les llamó la atención que se bajara el «Americano» usando un zapato y una alpargata, porque tenía un pie enfermo de la punzada de una raya cuando días antes se zambulló desde la cubierta del barco a quitar unos caramos que le impedían el paso en el cauce de arena blanca.

Vestía blusa blanca cerrada en el cuello y sombrero pelo e'guama con una borlita de estambre adornándole la cinta.

Banda amarilla en el pecho que le sostenía el sable y a sus gritos de ¡Mai Santa! avanzaba toda la gente mientras los caballos de Alejandro Ojeda remataban a los rezagados, reventando con el pecho las barandas de las casas y a las tropas que enviaba de refuerzo al mando de Arturo Juárez, el coronel Martínez Lecuna, quien sostenía la retaguardia de las fuerzas del gobierno.

En la puerta del mejor almacén del pueblo, le gritó «mushiú» Novellino: —¡Carajo, Maisanta, no vas a dejar ninguno vivo. Te brindaré esta botella de brandy pues no habrá quien me denuncie!

—Gracias, don Tomás, porque ésta la celebramos y ya vuelvo para aceptársela —le contestó Pérez Delgado cuando pasaba en la pelea.

Se retiraron Jordán y Ramírez y junto con ellos todo el ejército, dejando las calles pobladas de muertos, heridos, mochilas y máuseres, mientras los soldados de la revolución recogían el botín de guerra.

Hasta los quepis de los oficiales de línea estaban abandonados en las calles y sobre su sombrero de palma real se montó uno el Mocho Payara.

Las fuerzas de Jordán Falcón estaban reducidas a sólo ciento setenta y cinco hombres y entraban a la ciudad de Nutrias, distante dos kilómetros del sitio del desembarco, con los gritos de Maisanta oyéndose en la retaguardia.

—¡Mai Santa, Virgen del Socorro! Esta vez te necesito.

Y se manoseaba el escapulario cosido en la franela al cual sus soldados ingenuos le atribuían el poder real de detener las balas en lo más duro del combate.

En las casas de la ciudad de Nutrias trataron de resistir los del gobierno, pero ya la caballería de Ojeda recorría sus calles blancas, sacando polvo a la tierra y chispas a las aceras de piedra, lo cual ocasionó de inmediato la dispersión total de las fuerzas oficiales, y cada quien tomó el camino que le dejaba el miedo.

Los persiguieron hasta el Vegón de Nutrias. Regresaron ya casi de noche con filas de prisioneros. Los guatecitos asustados pedían clemencia temprano, temiendo que los fusilaran.

Con la tarde se fue calmando el pueblo en la tranquilidad que sigue a la tormenta y la gente comenzó a asomarse a las puertas de las casas.

Los muertos, arrastrados por los pies, eran amontonados en las esquinas y a los heridos los metían en la iglesia para tratar de curarlos. Comenzaron a escucharse de vez en cuando ¡vivas! vivas al Americano, vivas, que se fueron haciendo más frecuentes hasta que se hizo un coro de voces campesinas. Vitoreaban a Maisanta Pérez Delgado como si fuera una esperanza dentro de tanta barbarie. Cualquiera habría pensado que era una Venezuela distinta.

Un muchacho de catorce años, que había sido el informador silencioso que salió del pueblo en las noches sin luna, montado en un caballo en pelo para avisarle a Alejandro Seda sobre el número

y distribución de las tropas de Gómez, se presentó al Americano en el mismo caballo negro. Entre aplausos y vivas comenzó ese día su aventura el futuro capitán Fidel Betancourt, quien después se distinguiría durante largos años de Revolución.

Cuando terminó la euforia del triunfo se retiró el Americano por el camino del Puerto.

En las últimas calles del pueblo encontró a un hombre montado en un caballo castaño y chuto que se le acercó a paso lento, y cuál no sería su sorpresa al reconocer al bachiller Elías Cordero, quien lo saludaba alborozado.

—Las paradojas de la vida, Pérez Delgado, yo que tanto te azucé en esto de la Revolución, hoy me encuentras en Nutrias como Secretario de Jordán. Como sabía que eras tú el jefe del asalto, me quedé para saludarte.

—Que vaina, bachi Cordero, con las cosas de la vida, pero no se preocupe, que usted anda de secretario y los secretarios no pelean, esos escriben. ¡Cuándo carajo se ha visto un secretario peleando! Ahora me vas a servir a mí redactando un telegrama contándole a Juan Vicente Gómez cómo le tomamos este pueblo, pero primero tómame un brandy conmigo, pues en alguna forma debemos celebrar el encontrarnos de nuevo.

Después que se tomó el trago, le dijo Elías Cordero con voz de resignación:

—No seas tan optimista, Pérez Delgado, este país ha cambiado y a este hombre no lo tumba nadie. A los venezolanos de ahora lo que les interesa es el real y la influencia para mantenerse arriba. Las ideas de una patria mejor, donde todos tengan iguales oportunidades, las consideran pendejadas. ¡Pendejadas, todo lo que yo te decía!

Esa tarde de alborozo pasaron dos cosas en Puerto de Nutrias, que no se olvidarán nunca: Pérez Delgado entró a una pulpería y agarró una pieza de tela amarilla.

Con ella debajo del brazo atravesó la calle y llegó donde doña Mercedes de Guevara, quien tenía la única máquina de coser en el pueblo.

Cuando penetró en la casa de piso entablado, pues las de Puerto de Nutrias se construían sobre botalones de madera porque el río inundaba las calles durante el invierno y sólo las tablas separaban la gente del agua, oyó unos golpes sordos en la oscuridad de un cuarto cerrado y sólo su fino oído pudo descubrir lo que significaban.

Doña Mercedes era la esposa del jefe civil, el coronel Miguel Ramón Guevara, viejo oficial liberal.

—Doña Mercedes —le dijo el Americano—, aunque esgarre, hágame con esta muselina unas banderas y varias divisas amarillas para adornar mi tropa y dígame al coronel Guevara que saque el caballo que tiene escondido en el cuarto con los cascos enfundados. Que salga para que vea su color de otros tiempos y salude al general Pérez Delgado que con él no se va a meter, aunque, ahora después de viejo, sea jefe civil de Gómez.

Por la puerta del cuarto salió al rato el viejo coronel Guevara, de diestro un caballo con las patas embojotadas en fundas de trapo y una sonrisa de tristeza en la cara.

Y la otra cosa fue con la vieja Petra Julia, la posadera del pueblo, enemiga del Mocho Payara, a quien una vez denunció de estar hablando mal del gobierno.

—Esta vieja me la paga aunque sea con un susto —se dijo el Mocho Payara cuando la vio de lejos en la puerta de la posada.

—Doña Petra, ya pasó la pelea y ahora tenemos hambre, háganos un sancocho —le gritó.

—De qué te voy a hacer sancocho Mocho Payara, si aquí se acabaron las gallinas, comerás muerto, Mocho Payara —le contestó la vieja con insolencia.

Enfurecido el hombre, se volteó para la calle y abriéndole un ojal en la oreja a uno de los muertos del gobierno, le dijo a un sol-

dado: —Téngame aquí —y con su único brazo dejó caer el machete cercenándole la cabeza al cadáver.

Guardó el sable destilante dentro de la funda en su cintura, agarró la cabeza que colgaba por el ojal en la mano del sorprendido soldado, se metió en la cocina de su enemiga y dejándosela en el fogón le gritó con sorna:

—Si quieres hacerlo de muerto, aquí tienes la cabeza —y salió de la casa pasándole por un lado a la vieja Petra Julia que se debatía en convulsiones de terror y asco.

Esa noche, cuando a la luz de un farol en la esquina de musiú Novellino discutían los planes de si seguir o no para Barinas, se presentó un hombre de modales finos y gestos comedidos, blanco, delgado, de bigotes negros y con las mangas de la camisa manchadas de sangre. Era el médico de la ciudad de Nutrias que había curado a los heridos.

—Tanto gusto doctor, ya supe que usted estuvo en La Victoria cuando peleamos allá. Ojalá se venga con nosotros, pues si las cosas siguen bien iremos pa'lante y su prestigio nos será muy útil —le dijo el Americano.

Pero viendo que el médico le sonreía con profunda simpatía pero no le contestaba nada, se fijó en el telegrafista Carmona, quien se presentó en ese momento con un parte de guerra que le había llegado para el general Jordán. Lo tomó de pronto como si presintiera algo y comenzó a leerlo silencioso, enterándose de inmediato del desastre de la Revolución.

El Mocho Hernández, quien invadía por el Estado Bolívar, no pudo avanzar un paso, ni siquiera porque lo apoyó el general Ángel Lanza y tuvieron que pasar a la Guayana Inglesa donde los hicieron prisioneros. Alfredo Franco había sido derrotado en el Yopito teniendo que asilarse con sus compañeros en el Arauca de siempre. Fue entonces cuando se dio cuenta cabal de que su triunfo de Nutrias no tenía futuro.

Se volvió relampagueándole los ojos por la rabia del momento y le preguntó al coronel Ojeda, quien con la pierna en el pescuezo de su caballo zaino lo miraba cabizbajo:

—¿Tú sospechaste esta vaina, Alejandro?

Y el coronel le contestó:

Estaba seguro que pasaría así porque nosotros estamos desunidos a pesar de que somos dueños del terreno y conocemos todos los caminos de la sabana, pero yo tengo una sola palabra, y le dije que contara conmigo y aquí estoy con usted tirando esta parada.

Displicentemente se despidió Pedro Pérez Delgado de los que lo acompañaban, pero antes de seguir su camino hacia el embarcadero donde se veían las luces del vapor, le dijo al doctor:

—¡Mai Santa, doctor! Es mejor que se quede terminando de curar los heridos, esta guerra se acabó.

En la madrugada del otro día se levantaron las chenchenas en los mogotes del río con el ruido de las calderas cuando desatraca-ba «El Masparro», pues Maisanta Pérez Delgado abandonaba el puerto en retirada estratégica después de un triunfo resonante.

Se llevaron las armas, las municiones y el bastimento que les obsequiaba la gente, como si en el fondo se identificaran con lo que él representaba.

Después quedó el sueño, el sueño de algo que pasó y la gente siguió cantándole hasta en la copla sabanera:

CORRÍO DEL PICACHO

1º) Si me permiten señores
yo les contaré una cosa
lo que le pasó a Jordán
en el gran Distrito Sosa.

2º) Les voy a contar la historia

- de lo que pasó en El Picacho
Jordán y Miguel Martínez
contra Pedro Pérez el macho.
- 3º) El 10 de junio en la tarde
marcharon para El Picacho
fueron a atrincherar la gente
y allí doblaron el cacho.
- 4º) Marcharon hacia El Picacho
en compañía de Carmelo
dejando las armas solas
para que sostuvieran los fuegos.
- 5º) Jordán y Miguel Martínez
dormían en la Prefectura
cuando rompieron los fuegos
cada uno ensilló su mula.
- 6º) Martínez salió corriendo
la plebe haciéndole burla
porque dicen le pegaba
con el sombrero a la mula.
- 7º) Jordán le dice a Martínez
con ciertas frases de burla:
apúrese compañero
péguele duro a la mula.
- 8º) El teniente Cala Sánchez
hombre de temple y bravura
con su sombrero en la mano
le daba en el anca a la mula.
- 9º) ¿Qué le pasa, mi teniente?
yo lo veo muy preocupado
Pedro Pérez no es el hombre
que a mí me tenga asustado.
- 10) Apúrese general

que ya nos vienen siguiendo
Pedro Pérez y su gente
van a entrar a la ciudad.

11) La sagrada de Jordán
que hacia abajo se perdió
a las diez de la mañana
a Boquerones llegó.

12) Todos llenos de pavor
huyeron los caldereños
preguntándose uno a uno
con tamaña turbación
¿Qué será ese perolón
que por doquiera bota humo?

13) Celso Arnensen y el Americano
bajaron últimos del vapor
y con sólo dieciocho hombres
dieron el asalto mayor.

14) Maisanta, que son bastantes
pa'lante Mocho Payara
decía Pérez Delgado
a las cuatro de la tarde.

15) ¡Alas! pues qué más pensamos
marchémonos hacia Calderas
no contemos con Jordán
que ya se fue a la carrera.

16) Jordán le dice a Martínez
de aquí me sacan una historia
pero todo el mundo sabe
que yo pelié en La Victoria.

16) Pedro Pérez desde su barco
retirándose para el Apure
les dijo adiós a los guates

en la vuelta de Merecure.

17) Aquí se acabó la historia
de estos generales tan guapos
todos se fueron corriendo
cuando Maisanta bajó del barco. *

* Copiado de una parranda de Puerto Nutrias en 1969. Cantaba Miguel Tomás Cola, hijo del Teniente Cola Sánchez.

VIII. UNA CALMA INQUIETANTE

En Barinas todo era soledad.

Don Isilio en su despacho encortinado de terciopelo rojo, esperaba las noticias en la vieja casa de gobierno.

A su alrededor, callados y nerviosos, estaban los empleados del Ejecutivo.

Sentados en sillones de mimbre desesperaban el tedio y el calor atosigante.

En este pueblo triste nunca pasaba nada y la gente se entretenía contando las consejas de siempre en la tertulia provinciana.

Anoche vieron una luz azulosa en las ruinas del Palacio del Marqués. Y entonces amanecían los buscadores de tesoros hoyando a punta de barretón la plata enterrada.

Otros, oían la carreta de los colerientos de la última epidemia, tranqueando a golpe de las 12 sobre las calles empedradas.

Un cazador de chácharos se encontró con el amo del monte, un viejo largo y seco con el pantalón raído y un bonetico rojo, arriando una manada de dantas para los pozos del río.

Una vez entraron en el mes de marzo y a pleno sol de las dos de la tarde centenares de báquiros salvajes, arremetiendo contra todo lo que veían.

Mordieron gente, burros, acabaron con un yucal y uno salió de la iglesia con la casulla del cura en la boca. Eso fue cuando la gran sequía que acabó el pan en el llano, marchitando las sementeras.

Los enamorados furtivos en las noches oscuras saltaban de los zaguanes en busca de amores escondidos.

Y las serenatas de los sábados, con brindis de ponche y ron, en las salas de las casas con la luz mortecina de los candiles de sebo.

Si no se hablaba de estas cosas, se tenía que hablar de política, o del programa para el día de San Juan, cuando paseaban hasta la Plaza Bolívar el enorme retrato de Juan Vicente Gómez, cruzado por una cinta tricolor, disputándose el honor de cargarlo los señores vestidos de negro.

De lo único que se podría haber hablado animadamente era de las andanzas de Maisanta, pero eso estaba prohibido y tenía que hacerse en susurros.

Decían que Italia Unti, una catira juncal y buenamoza, recibía correspondencia de Maisanta, pues había sido su novia en Obispos.

No faltó quien recomendara durante las conversaciones del gran salón de cortinas rojas, vigilarla con disimulo cuando se apagaban los faroles.

Los jóvenes de la sociedad estaban todos armados de máuser y haciendo guardias de reglamento, pues todo soldado y peón disponible había salido para Puerto de Nutrias.

Una noche oscura de tormenta y lluvia porque era el mes de julio y la luna no sale lloviendo, el grupo de los Arvelo, Tapia, Febres, Encinozo y Jiménez, estaban tan nerviosos y asustados que dieron un «alto, ¿quién vive?» varias veces, cuando sintieron pisadas fuertes en las charcas del camino a la entrada del pueblo. Y como nadie contestara, comenzaron las descargas de fusilería.

Ocho burros y cinco vacas de patio amanecieron tendidas por el fuego de los fusiles inquietos que esperaban a Maisanta.

A los tres días de zozobra, entre café y dulce que mandaban de las casas a los hombres reunidos en la Casa de Gobierno, por el paso de Torunos, comenzaron a salir los soldaditos de Calderas con el pánico retratado en sus caras de hambre y sed de varios días.

Un oficial se olvidó en El Vegón de que el caballo estaba amarrado y le reventó los ijares con las espuelas de rueda grande sin salir del mismo sitio, a pesar de los azotes que le daba con el sombrero.

En el vado del río Santo Domingo pasaron acordonados, apartados de la mano, pero como los andinos no saben nadar, se ahogaron muchos en los remolinos de agua turbia.

Cuando aparecieron los primeros en los alrededores del pueblo, cundió el pánico de verdad en la ciudad dormida.

Entonces, se movilizaron los hombres del salón de las cortinas rojas y comenzaron a enterarse del desastre de Puerto de Nutrias.

—Díganle al general Jordán que como castigo por esa derrota, pase directo a Maracay a informarle personalmente al general Gómez lo que pasó en Nutrias —ordenó don Isilio, abotagado y rabioso, esa tarde de pena.

En la noche la tensión se hizo más grande porque los cuentos eran más y más exagerados y el miedo aumentaba con cada nueva información de las que aparecían continuamente.

Para colmo de males al catire Lino Traspuesto se le ocurrió la travesura de amarrarle malojo fresco a la cabuya de las campanas en el Altozano de la iglesia. Cuando los burros sueltos en las calles solitarias se acercaron en la madrugada a comérselo, comenzaron a doblar a difuntos las campanas de Barinas cada vez que el burro daba un mordisco al malojo del mecate.

Todo el pueblo se echó a la calle creyendo que estaban anunciando la entrada de Pérez Delgado.

En la mañana temprano decidieron evacuar la ciudad y mudarse a Barinitas.

Ya la caja fuerte negra del general Febres Cordero estaba montada en una carreta de bueyes y cada quien acomodaba su equipaje en burros, caballos y mulas, cuando llegó un «expreso» de Nutrias diciendo a todo gañote que Maisanta se había retirado por los rumbos de llano adentro.

Como por encanto volvió la paz y comenzó de nuevo a sentirse el tedio y la modorra del calor en la ciudad donde nunca pasaba nada.

Con la cercanía de Maisanta la gente se había alborotado y hasta al propio general Febres Cordero le faltaron el respeto cuando pasaba a caballo, seguido de su espaldera por la calle real de Barrinas, y detrás de una pared blanca de la casa de los Jiménez unos zagaletones le gritaron con voz de burla y escarnio: ¡Abajo Gómez! ¡Viva la Revolución!

Por los solares y rompiendo los cañizos se metió la policía buscando los culpables. Pero la calma retornó y hubo tiempo para poner de nuevo las cosas en el lugar en que siempre debieron estar si no hubiera sido por Maisanta.

IX. LA LUMBRE DE LOS MACHETES

Allá lejos, Maisanta, ante la situación creada porque Franco estaba derrotado y se quedaba sin apoyo en el Apure, en una de las enormes vueltas del río, donde el agua clara de un caño se confundía con el agua azulosa del río, en una resaca escondido entre guamales frondosos, metió de proa el vapor y botando la rueda del timón en la profundidad del pozo, le dijo a la gente:

—Pie a tierra.

«Nos vamos en línea recta para salir a Elorza donde hay tropas acuarteladas, las asaltaremos por sorpresa y conseguiremos información.

«El coronel Ojeda se queda con los suyos en Santa Catalina y nosotros nos vamos en los caballos».

Montaron cincuenta hombres en cincuenta caballos que Ojeda les tenía listos en un claro de sabana y se perdieron en lontananza.

Tres días después llegaban a Puerto de Nutrias dos vapores más: «El Apure» y «El Arauca», con mil hombres de refuerzo, y como no encontraron ni rastros de la gente de Maisanta, ordenó el coronel Godoy rematar los heridos enemigos que escondían en las casas.

En el Propio Picacho los colgaron de las ramas paralelas de una ceiba gigantesca, y todo aquel que ayudó o dio de comer a los revolucionarios fue pasado a palos para escarmiento de los demás.

Ya la caja fuerte negra del general Febres Cordero estaba montada en una carreta de bueyes y cada quien acomodaba su equipaje en burros, caballos y mulas, cuando llegó un «expreso» de Nutrias diciendo a todo gañote que Maisanta se había retirado por los rumbos de llano adentro.

Como por encanto volvió la paz y comenzó de nuevo a sentirse el tedio y la modorra del calor en la ciudad donde nunca pasaba nada.

Con la cercanía de Maisanta la gente se había alborotado y hasta al propio general Febres Cordero le faltaron el respeto cuando pasaba a caballo, seguido de su espaldera por la calle real de Barinas, y detrás de una pared blanca de la casa de los Jiménez unos zagaletones le gritaron con voz de burla y escarnio: ¡Abajo Gómez! ¡Viva la Revolución!

Por los solares y rompiendo los cañizos se metió la policía buscando los culpables. Pero la calma retornó y hubo tiempo para poner de nuevo las cosas en el lugar en que siempre debieron estar si no hubiera sido por Maisanta.

IX. LA LUMBRE DE LOS MACHETES

Allá lejos, Maisanta, ante la situación creada porque Franco estaba derrotado y se quedaba sin apoyo en el Apure, en una de las enormes vueltas del río, donde el agua clara de un caño se confundía con el agua azulosa del río, en una resaca escondido entre guamales frondosos, metió de proa el vapor y botando la rueda del timón en la profundidad del pozo, le dijo a la gente:

—Pie a tierra.

«Nos vamos en línea recta para salir a Elorza donde hay tropas acuarteladas, las asaltaremos por sorpresa y conseguiremos información.

«El coronel Ojeda se queda con los suyos en Santa Catalina y nosotros nos vamos en los caballos».

Montaron cincuenta hombres en cincuenta caballos que Ojeda les tenía listos en un claro de sabana y se perdieron en lontananza.

Tres días después llegaban a Puerto de Nutrias dos vapores más: «El Apure» y «El Arauca», con mil hombres de refuerzo, y como no encontraron ni rastros de la gente de Maisanta, ordenó el coronel Godoy rematar los heridos enemigos que escondían en las casas.

En el Propio Picacho los colgaron de las ramas paralelas de una ceiba gigantesca, y todo aquel que ayudó o dio de comer a los revolucionarios fue pasado a palos para escarmiento de los demás.

La posadera Petra Julia le indicaba en la noche al propio coronel Godoy el nombre de los comprometidos, cuando en una cama de catre se revolcaban lascivos sin saber que debajo de ella estaba escondido, esperando la madrugada para fugarse del pueblo, el correo Fidel Betancourt, quien sabía que ese era el único sitio de Nutrias donde no lo habrían buscado nunca.

Por la sabana sin matas iban los cincuenta hombres cuando en la distancia vieron una casa que era el hato Herrereño. Se adelantó el Mocho Payara y entró solo al paradero. Amarraba el caballo en el soberao de la caballeriza, cuando Herrera le dijo:

—Pase adelante señor —brincó Payara desarmándolo de un cañón largo que portaba, al mismo tiempo que los otros entraban en los patios.

Allí hicieron campamento, mataron dos vacas gordas y comenzaron la conversación que anunciaba cordialidad.

—¿Por qué tan poca gente? —le preguntó Carlos Herrera.

—Porque cada uno de los míos, vale por veinte de los de Gómez, paisano —le contestó el Americano y le decía paisano porque Herrera era de Portuguesa y se conocían desde antes.

Al terminar de comer durmieron alertas toda la noche, pero a las cuatro de la madrugada se levantó y le dijo:

—Gracias, paisano, pero nos vamos, perdone que me lleve sus caballos pero son para la revolución. Se volteó hacia los corredores donde la gente dormía y les gritó:

—¡Arza, arriba muchachos que la chiva renca madruga y le echa tres peos al día!—. Era la contraseña, porque como si tuvieran resortes volaron desde las cobijas a ensillar los caballos a la orilla del caño.

—Paisano —le dijo Herrera—, déjame el revólver que lo tiene el del caballo alazano, un teniente que ensillaba en la pata de un corozo.

El Americano, dirigiéndose al aludido, le dijo:

—Teniente, déle el revólver de mi cámara.

—Yo no lo tengo mi general.

—He dicho que lo entregue.

Y el teniente le entregó el arma.

Esa mañana remontaron al negro Manuel Caballero que se les había unido en Nutrias, en el caballo mosqueado de silla del propio Carlos Herrera.

Caballerito era corneta en la banda de Ciudad de Nutrias y antes de salir no se olvidó de la corneta; pero después que siguieron camino y las leguas se hacían largas, se arrepintió de pronto devolviéndose del caño Chorroco. Con dos días de hambre se perdió en los manglares y cuando ya no tenía esperanza se le ocurrió tocar la corneta.

La corneta reventaba la sabana con sus toques repetidos que parecían ordenar una carga, para susto de los vecinos que creían que era otra vez Maisanta. Cuál no sería la sorpresa cuando atraídos por la curiosidad se acercaron al río, y en lo alto de un caramo vieron al negro Caballero con la ropa hecha jirones y muerto de hambre suena que suena su corneta.

Mientras tanto, caminaban y caminaban los cincuenta hombres por la sabana pelada, reventando los pajonales con los cascos de los caballos y el polvo se les pegaba en la garganta reseca por la sed y el calor.

A los diez días de marcha se acercaron a Elorza. En una mata esperaron que la noche fuera noche y cuando pasaron las doce empezó la movilización.

—A las tres de la madrugada llegan los peseros muchachos. Aprovecharemos la oportunidad de esta fiesta de Elorza. ¡Mai Santa!, tendrán bastantes marranos esta noche los peseros de pueblo —dijo Pedro Pérez y comenzó a dar órdenes.

—A desnudarse, gente: tú también Mocho Payara. El único que va vestido soy yo, que voy de marranero.

Treinta hombres desnudos y caminando en cuatro pies invadieron las calles desde donde se vislumbraban las primeras casas del pueblo.

—Acuérdense que la pesa y los chiqueros están al lado del cuartel y eso nos favorece. Pasaremos al centinela a media cuadra de lejos y llegaremos junto a la puerta de la casa. La noche está tan oscura que no la corta un cuchillo, y al estar enfrente, ¡pa' dentro todo el mundo y al machete sin compasión!

—Sigan muchachos que vamos pasando. Coche, coche, coche, coche, coche, coche ¡marranitos para la pesa señor! —dijo con voz humilde cuando le alertó el centinela.

—Coche, coche, coche, treinta hombres desnudos para conocerse entre ellos al comenzar el asalto.

—Pa'lante muchachos —les decía en susurros— ustedes tocan por todos lados y al que tenga ropa machetazo con él.

—Coche, coche, coche, ya estamos pagando, sigan calladitos; de vez en cuando una roncadita como si fueran cochinos: así, así, así es como es.

—Ya pasamos, estamos, estamos llegando; allá está la puerta del cuartel.

—¡Coche, coche, coche! —arreó con voz más fuerte.

—¡Mai Santa que son bastantes! —gritó el Americano cuando llegaron a la puerta entreabierta para un cambio de centinelas.

Entonces se pararon los cochinos y empezaron a relumbrar los machetes en la madrugada con débil luz de las estrellas.

—¡Pa'lante, muchachos, viva la revolución que aquí llegó Pedro Pérez!

Mientras el machete rozaba entre cuajarones de sangre.

A la media hora el cuartelito era de ellos y los cuerpos despedazados de los ocupantes llenaban el piso. Sesenta cuerpos vestidos

y muertos y treinta hombres desnudos y ciegos de ira mortal. Los otros hombres del gobierno se fueron por los solares sin ni siquiera disparar un tiro, pues la sorpresa no se los permitió.¹

Con el clarear de la mañana llegó la retaguardia de Maisanta. Traían para los asaltantes la ropa y los sombreros con las divisas amarillas de Nutrias arrugadas por el uso.

En la rabia del combate se les había olvidado que Elorza estaba de fiestas, anunciadas en ese momento, con el repique de campanas que Maisanta estaba dando desde la torre de la iglesia, para avisar su triunfo a los sorprendidos pobladores aún con el sueño de la madrugada arrugándoles la cara de susto.

1 Eran 80 hombres al mando del coronel José Colmenares y del célebre «Sute» Márquez, oficiales de Pérez Soto. Los dos murieron en el asalto.

«MAISANTA» (Corrido de caballería)
Andrés Eloy Blanco

Al maestro Antonio José Sotillo.

U nos lo llaman «Mai Santa»
y otros «El Americano».
Americano lo mientan
porque es buenmozo y catire:
entre bayo y alazano.
Salió de La Chiricoa
con cuarenta de a caballo,
rumbeando hacia Menoreño
va Pedro Pérez Delgado.
En fila india, por la oscura sabana,
meciendo el frío en chinchorros de canta,
va la guerrilla revolucionaria.
Con el cogollo la manta;
cobija con pelo e guama,
cuarenta y cinco y canana.
Nube de tabaco y nube,
Relincha y susto de garza,
madrugadita de leche
bajo la noche ordeñada.
Llanero alzado, ronda de riesgo velante,

fila india, caballería lento y larga,
tajo vivo y negro,
diámetro de dolor en la circunferencia de la sabana.
Caballo pobre; el arnés de cabuya,
la montura, un cuero de res,
el estribo de sogá
entre los dedos del pie.
Llanero alzado: Canto, silencio y canto,
el guerrillero va adelante, cantando.
Rumbo de asombros, los cuarenta caballos
cabalga al frente Pedro Pérez Delgado.
Unos le dicen «Maisanta»
y otros «El Americano».
No hay quien le pique adelante,
no hay quien le aguante la carga,
no hay guerrillero en los llanos
que le eche la colcha al agua.
Catire con dientes de oro
y con espuelas de plata,
bueno de cola y de sogá,
bueno de tripa y de capa,
escapulario cosido,
con una virgen pintada;
pelo e'guama con borlita
flequillo en las alpargatas,
y al hombro la monta azul
con la vuelta colorada.
Y ahora le contaré
por qué lo llaman «Mai Santa».
Cuando pelea Pedro Pérez Delgado,
en el momento de trabar la pelea,
antes de que salga de la funda el machete,

arma los aires con su grito de guerra
 y así, en la carga, va gritando el guerrero:
 -¡Mai Santa, Virgen del Socorro de Valencia!...
 Madre Santa, dice la gente,
 pero Mai Santa dice Maisanta
 y las maneras de los hombres
 los hombres deben respetarlas.
 Ya Pedro Pérez Delgado
 no tiene madre ni patria,
 ni un retrato de la madre
 ni un retrato de la patria.
 Pero tiene el corazón
 como tapiz de sabana
 y junta Madre con Virgen
 y junta Virgen con Patria
 y en la Virgen del Socorro
 de Valencia las retrata
 y cuando va a la pelea
 pone a las tres en el anca.
 El Socorro de Valencia
 la llaman los que la llaman,
 Valencia, la del Socorro,
 Valencia de las naranjas.
 Cuando el plomo está cerrado
 y es parejo la batalla
 y unos van que a que te mato,
 y otros que a que no me matas,
 hay un momento de pronto
 en que se arrugan las almas;
 destilan leche de miedo
 los pechos de la sabana;
 de los turbios horizontes

brotan muertes ensilladas.
Vienen cuarenta jinetes
con muertes desenvainadas.
Con un rumor de joropo
viene llegando la carga;
tendido en el paraulato
un jinete la comanda
y al llegar el enemigo
en los estribos se alza;
tiene la melena rubia,
entre baya y alazana,
y un grito que es un machete
con filo, punta y tarama
y es Pedro Pérez Delgado
que va gritando: —¡Mai Santa!...
El grito del guerrillero
se lo sabe la sabana.
No hay quien no lo haya escuchado
en la noche o la mañana.
Corre, corre, corre el río
hasta que le suda el agua
y grita:
—Corre, Laguna,
que está cargando Maisanta
y la Virgen del Socorro
viene sentada en el anca,
con espigas de limón
y palabras de naranjas...
Y ya sabe, compañero,
por qué le dicen Maisanta.
La Virgen del guerrillero
tiene mucho de Mai Santa,

buena de lazo y de silla,
 buena de tierra y de agua.
 Desde el siglo dieciséis
 se la trajeron de España
 para su rumbo llanero,
 navegante y navegada.
 Porque se perdió en el mar
 como jinete en sabana.
 Cuando de España llegó
 al puerto de Borburata,
 Valencia se fue al camino,
 Valencia se fue a la playa.
 Pero todos se asombraron
 en cuanto abrieron la caja,
 porque en lugar de la Virgen
 del Socorro, que esperaban,
 se encontró una Dolorosa
 con sus espinas clavadas,
 con espinas de limón
 y palabras de naranjas.
 Como en los rumbos del llano
 se perdieron las dos cajas;
 la valenciana al Callao,
 la limeña a Borburata.
 Del Perú pidieron cambio
 pero Virgen no se cambia.
 Y llegó el siglo dieciocho
 y llegó la falta de agua.
 Valencia tenía sed
 y los cerros eran ascuas.
 Antonio Diez Madroñero,
 el Obispo de Caracas,

llegó con todas sus gentes
al cerro de Guacamayo.
—¡Hazme una nube! —le dijo—
¡Madre de Dios, Madre Santa!
Y de los pies del Obispo
se zafó una cinta de agua.
Cayeron en Periquera
los hijos de la sabana;
murió Rosario Pabón,
allá va Quijá de Plata;
va de raspo y escotera
la gente de Cuello e Pana;
con Arévalo Cedeño
los llanos cierran la marcha
y en un caballito ciego,
ciego casi, el Tuerto Vargas.
Cayeron en San Fernando
los hijos de la sabana,
con dos balazos del diablo
llevan a Waldino Arriaga.
Y Pedro Pérez Delgado
viene preso de Biruaca.
—El catarro sin pañuelo
me agarró —dice Maisanta.
Y la Virgen del Socorro
de Valencia, desmontada,
con espinas de limón
dice cosas de naranja.
(Está en la cárcel Pedro Pérez Delgado;
cabalga grillos de setenta quien cabalgó caballos.
—¡Mai Santa, qué chiquito se nos ha / puesto el llano!
Puerto Cabello, caballo de los rumbos enredados:

el que marchaba hacia la costa,
 el que marchaba hacia las sierras,
 el que marchaba hacia los llanos,
 todos estábamos allí,
 todos habíamos llegado).
 El guerrillero tiene hambre,
 tiene sed El Americano.
 Se va muriendo entre dos muertes;
 canto, silencio y canto;
 se va muriendo entre dos cargas,
 se va muriendo entre dos ranchos;
 tiende la voz en las crines
 del morir entresonado;
 la sed lo lleva tendido,
 tendido en el paraulato.
 Maisanta se está muriendo
 Madre Santa, envenenado.
 Contó mil altoquienives,
 hasta que izaron las dianas;
 la sed le pone palmares
 en el mirar de sabana.
 Ya Pedro Pérez Delgado
 no tiene madre ni patria,
 ni un retrato de la madre,
 ni un retrato de la patria;
 lo surcan madres con sed,
 lo cruzan patrias tostadas.
 Pero siente el paraulato
 metido entre las batatas
 y empina su viejo grito
 en los estribos del alma.
 Y su grito es un machete

con filo, punto y tarama
y es Pedro Pérez Delgado
que va gritando: —Mai Santa!
El grito del guerrillero
sobre la muerte resbala
y salta del calabozo
y navega y desembarca
y se encabrita en los riscos
del cerro de Guacamaya.
Toda la sed de la tierra
va en una fuga espantada;
la Laguna de Valencia
se esconde bajo su falda;
corre, corre, corre el río,
hasta que le suda el agua
y grita:
—Corre, Laguna
que está cargando Maisanta
y la Virgen del Socorro
viene sentada en el anca
con espinas de limón
y palabras de naranjas!
Y ya sabe, compañero,
cómo se murió Maisanta.

GLOSARIO

- ALEBRESTARSE: Ponerse altanero o irrespetuoso.
- BACHI: Apelativo cariñoso por bachiller.
- BARCINO: Animal gris o marrón con vetas negras.
- BORALES: Planta trepadora que cubre las aguas arremansadas.
- BRAGAO: Hombre muy valiente.
- CACHAMA: Pescado de río.
- CALCETAS: Claros de sabanas entre la selva.
- CAMARA: Sinónimo de camarada o compañero.
- CARAMO: Árboles arrancados por las crecientes y que permanecen en el lecho de un río.
- CHOCOZUELA: Sinónimo de la rótula, hueso móvil de la rodilla.
- CHUTO: Con la cola recortada.
- ENMOGOTADO: Persona escondida dentro de una porción muy tupida del bosque.
- FIQUE: Fibra de sisal.
- GUASDUAS: El tallo del bambú.
- GUATE: Nombre que se le da en Barinas a la gente de los Andes. Este apelativo en algunos casos incluye a los colombianos.
- JIPIJAPA: Sombrero blanco de anchas alas parecido a los llamados corrientemente «de Panamá».
- LEBRUNAS: Reses de color crema.
- LEBRUNOS DEL DÍA: Primer crepúsculo de la mañana.
- MAPORA: Enorme palmera de tallo redondo.
- MARRAMUNCIA: Malos hábitos.
- MAUTE: Toro joven de uno a dos años.
- PELICANAS: Reses negras con apariencia de pelo canoso.
- PELO DE GUAMA: Sombrero de terciopelo amarillento intenso como el pelo del fruto del guamo.
- PESA: Sitio donde se distribuye la carne.
- PESERO: Hombre que mata y vende ganado vacuno o porcino.
- PICURIARSE: Sinónimo de escaparse.
- PINTAMONEAR: Sinónimo de coquetear.
- RUCIO MOSQUEADO: Caballo blanco con pequeñas pintas negras o marrones.
- SARDAS: Reses negras manchadas difusamente de blanco.

- SUELTA: Pedazo de sogá con dos lazos en los extremos por donde se introducen dos patas del caballo para que no pueda caminar lejos.
- TABLETAS: Trozos cuadrados de azúcar y coco o dulce de panela y coco rallado.
- TARTAGUITA: Raya pequeña de terrible punzada cuando se le molesta.
- TERECAÿ: Pequeña tortuga, similar al galápagó y autóctono del llano.
- TOÑECO: Persona consentida o de mucha confianza.
- TOPOCHO: Especie de plátano más pequeño y de sabor diferente.
- TOTUMO: Arbusto cuyo fruto es la tapara.
- TUCO: Pedazo de extremidad que resta de alguna cosa luego de ser cortada por cualquier motivo.
- ZAINO GUACHARACO: Caballo marrón oscuro, casi negro.



Un héroe de carne y hueso, una leyenda, un mito libertario. Todo eso y quizás más fue Maisanta. En este libro estamos ante la historia novelada donde el resultado es el rescate de la memoria épica de un mito y su pueblo. El autor, acercándose personalmente a los habitantes de esas sabanas donde todavía existen personas que recibieron por tradición oral y de primera mano certezas y rumores que nos vienen del pasado, se hace depositario de la historia, del mito y de la leyenda. Es el escenario de una Venezuela paupérrima y violenta, plena de romanticismo, de aventuras y de ansias de libertad, en aquellos paisajes, a veces duros, muchas veces dulces, cercanos al corazón de todos los que pelearon en ese tiempo ofreciendo la vida misma hasta la muerte oscura, como en el caso de Pedro Pérez Delgado, Maisanta.

En estas páginas –escribe el autor– «se encontrará la vida de Maisanta, llena de hechos a veces inverosímiles y que nos costaba creer a nosotros mismos, al oír los narradores confundiendo a veces la realidad con la fantasía».

ALFADIL

ISBN 980-354-148-X



9 789803 541484